

10  
331

*Eulogio Serdán*



# APOTEOSIS CERVANTINA



Trabajos premiados en las fiestas literarias celebradas en Vitoria con motivo del Tercer Centenario de la publicación del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. \* \* \* \* \*



M 3093  
R2981

DIPUTACION FORAL DE ALAVA  
Biblioteca Provincial  
Arm. \_\_\_\_\_ Est. \_\_\_\_\_ N.º \_\_\_\_\_

BH  
3003

*Eulogio Serdán*



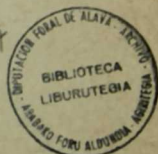
# APOTEOSIS CERVANTINA

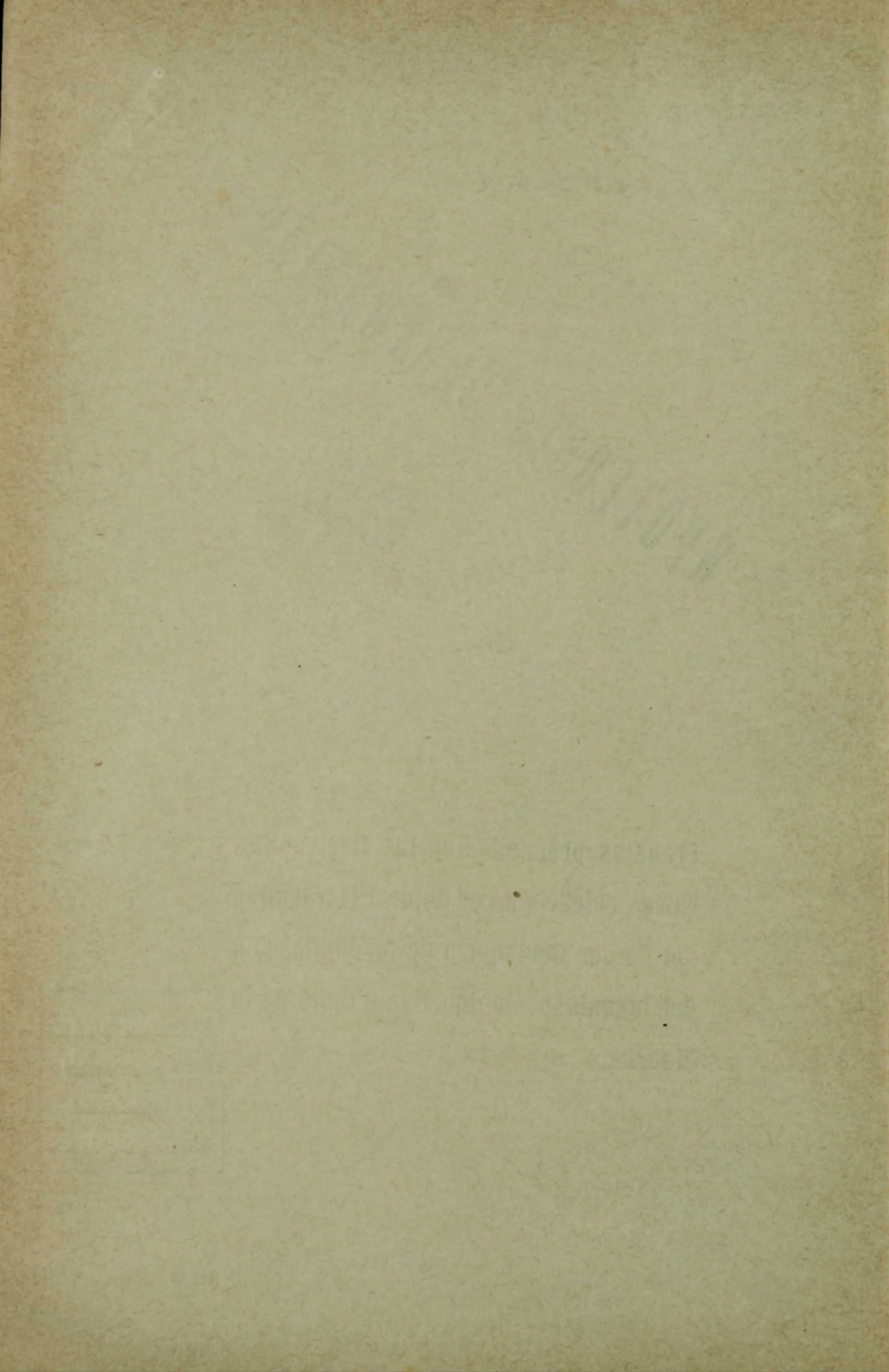


Trabajos premiados en las fiestas lite-  
rarias celebradas en Vitoria con motivo  
del Tercer Centenario de la publicación  
del Ingenioso hidalgo Don Quijote de la  
Mancha.    \* \* \* \* \*

Nº R. 004.919  
Fecha 25-V-94  
C D U 860  
Sig. 8605Erago

R. 1947







## «Cervantes perfecto católico en su Quijote»

---

### LEMA

«Las honestas palabras dan indicio  
de la honestidad del que las pronuncia  
ó las escribe.»

CERVANTES—(Coloquio de los perros.)

### I.

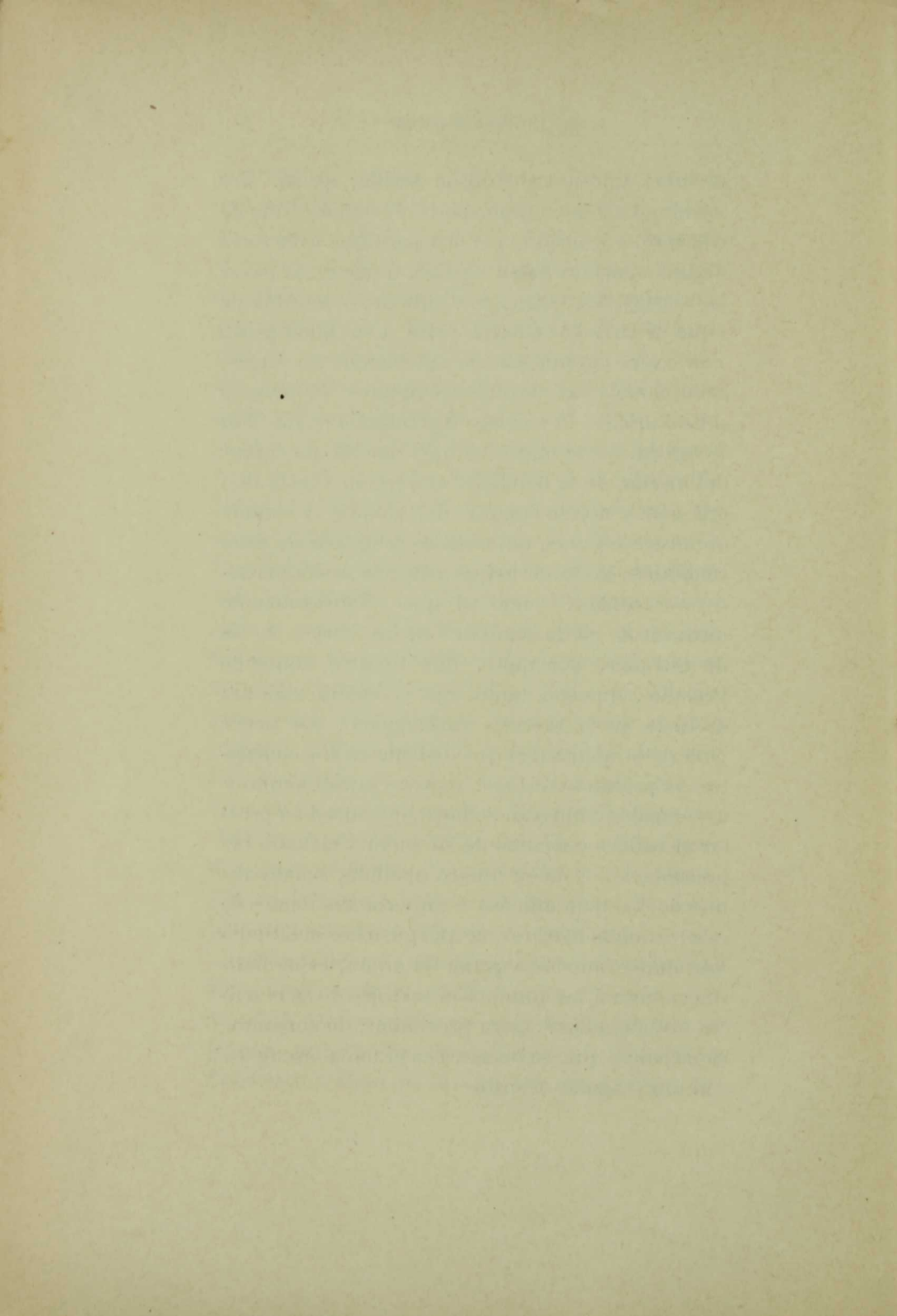
Al homenaje de admiración que se tributa al poderoso ingenio de Miguel de Cervantes Saavedra, se asocia, hoy, la España entera sin distinción de clases ni categorías.—Los destellos de intuición semidivina que parecen ser patrimonio del magistral autor de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, se imponen por doquier, y altos y bajos, ignorantes é ilustrados, se unen ante la magestuosidad de la fiesta literaria que conmemora el tercer centenario de una obra imperecedera é inmortal.

La Iglesia que, con los naturales esplendores de su celo y de su sabiduría, contribuyó tanto á la formación del siglo de oro de nuestra literatura nacional, ofreciendo en incomparable cuadro los

nombres de aquella pléyade de ilustres varones que se llamaron Fray Luis de León y de Granada, Lope de Vega, Calderón, Tirso, San Juan de la Cruz, y el de la mística Doctora Santa Teresa de Jesús, tiene asignada una representación muy principal en esta fiesta cervantina. No fué eclesiástico, en verdad, el protagonista de esta insólita apoteosis, pero su religiosidad, manifiesta en la indiscutible moralidad de sus obras; en su calidad de individuo de la Congregación religiosa del Oratorio y en la de afiliado á la Venerable Orden Tercera; en su eterno agradecimiento y en la particular amistad que le unió á distinguidos frailes trinitarios que tantos sacrificios hicieron por su rescate, —y sin cuyos esfuerzos hubiéramos quedado huérfanos del autor y de sus obras:—en la ejemplaridad de su muerte sufrida con una resignación que hace honor á su probada paciencia y á sus dilatados padecimientos, y presagiada cuando escribió el prólogo de su obra postrera *Pérsiles y Segismunda*, cuya dedicatoria al conde de Lemos, compuso despues de recibida la extremaunción, prueban, como veremos mas adelante, que Cervantes en su vida, y principalmente en sus escritos, profesó en doctrinas religiosas la más severa ortodoxia.

Desde el ilustre vizcaino y virtuoso benedictino Fray Diego de Aedo, abad de Frómista, autor de la «Topografía é Historia general de Argel,» y primer panegirista de Cervantes; y desde Don Francisco Porras de la Cámara, prebendado de

la Santa Iglesia Catedral de Sevilla, quien, sirviendo al célebre arzobispo D. Fernando Niño de Guevara, y solicitado por éste para que le enviase algunos papeles de su agrado, á objeto de pasar las siestas del verano en Umbrete, contestábale «que le enviaba y hacia plato á su buen gusto con cosas ajenas por no satisfacerle las suyas, remitiéndole las novelas ejemplares *Rinconete y Cortadillo*, el *Celoso Extremeño* y *La Tía Fingida*, hasta nuestros días, han de atestiguar del mérito, de la bondad y corrección y de la discrección y utilidad moral del Quijote y demás obras cervantinas, autoridades religiosas de gran renombre, tanto en lo que respecta á sus privativas virtudes, como al que victoriosamente alcanzaron en la república de las letras. No es de extrañar, por tanto, que nuestro eminente Prelado, que con tanto tino y acierto rige los destinos de la Diócesis vascongada, sin hacer gala de la notoriedad que disfruta en los conceptos de profundo teólogo, experto jurisconsulto y aventajado publicista, se haya apresurado á prestar el valioso concurso de su sacra y elevada representación y de su ilustre apellido, señalando uno de los más difíciles é importantes temas de este certamen literario, al que gustosos acudimos con nuestro modesto grano de arena, esperando sirva, junto á los luminosos trabajos de más felices investigadores, para proclamar, de consuno, la evidencia que se encierra en el tema escogido con tan singular acierto.





## II.

Admitidos los vastísimos conocimientos de Cervantes en todas las esferas del humano saber, muchos de sus entusiastas admiradores, en sus deseos de popularizar el *Quijote*, le han considerado como botánico, geógrafo, marino, vascófilo, militar, médico, jurisconsulto y hasta como cocinero, dando márgen á la publicación de ciertas obras que vienen á ser como la crítica de los críticos, en las cuales, sus expertos autores, atentos á hacer resaltar y procurar el mayor relieve á la tendencia ó simbolismo que en sus escritos persiguen—, sin intentar jamás despojarle del primero y más inapreciable de sus atributos, del de literato—, respetan éste, que tan valientemente supo adquirir y que conservará por los siglos de los siglos, ínterin el *Ingenioso Hidalgo* sea, como quiso su autor, «el más hermoso, el más gallardo, y el más discreto de los libros.»

Escaso valor tienen para nosotros los juicios y apreciaciones que el genio de Cervantes ofrece á los citados comentaristas, mas, junto á estos tendenciosos y simbolistas, no han faltado algunos, tales como el inglés Mr. Jarvis, y el español D. Benigno Pallol, que ocultó su nombre bajo el pseudónimo de *Polinous*, que afirman, el primero en su traducción inglesa del *Quijote*, que Cervantes intima con la doctrina de los heterodoxos españoles; y el segundo, en su *Interpretación del Quijote* (Madrid, 1893), sostiene que las invectivas ingeniosas del Principe de nuestros ingenios, así como sus embozadas alusiones, todas se dirigen contra los libros sagrados del Cristianismo, esto es, contra la Sagrada Escritura.

Ante las extrañas conjeturas de tan excéntricos comentaristas, que exceden en mucho á las no menos utópicas de los señores D. Nicolás Díaz de Benjumea, en *La Estafeta de Urganda* (Londres, 1861), y á las del escritor americano don Adolfo Saldías, en su libro *Cervantes y el Quijote*, (Buenos Aires, 1893), nos parece de perlas, y conviene como anillo al dedo, el cooperar, siquiera sea en reducida esfera, á la benemérita obra de difundir y propagar que Cervantes se muestra perfecto católico en su *Quijote*, según razonadamente afirma el enunciado del tema propuesto.

Además, en nuestro respeto á las opiniones de todos, no hemos de olvidar lo que tan elocuen-

temente dice el Sr. Menendez y Pelayo, en su discurso contestación al Excmo. Sr. D. José María Asensio y Toledo, en la solemne recepción de éste en la Real Academia Española (Madrid, 1904), «Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres, y es inevitable que á unos parezca bacía lo que á otros yelmo de Mambrino. Entre estas interpretaciones (las que hemos indicado como tendencias y simbolismos), las hay que prueban ingenio y sagacidad en sus autores, y todas, aún las que parecen más descarriadas, son tributos y homenajes á la gloria de Cervantes. Cada cual tiene el derecho de admirar el *Quijote* á su manera, y de razonar los fundamentos de su admiración, por muy lejanos que estos parezcan del común sentir de la crítica y aún de la letra de la obra. Precisamente porque el *Quijote* es obra de genio, y porque toda obra de genio sugiere más de lo que expresamente dice, son posibles esas interpretaciones que á nadie se le ocurre aplicar á las obras del talento reflexivo y de la medianía laboriosa. Todo el mundo presente, aunque de un modo confuso, que en la obra genial queda siempre una región incógnita, que acaso lo fué para su autor mismo: y procura, con esfuerzos bien ó mal encaminados, penetrar en ella y adivinar alguno de los misterios de la concepción artística..... Quien no tenga por suficiente gloria para Cervantes la de ser el primer novelista del mundo, un gran poeta en prosa, un admirable creador de representaciones ideales y

de formas vivas, el más profundamente benévolo y humano de todos los escritores satíricos, estimele en buen hora como médico, ó jurisconsulto, ó como político, y deduzca de sus obras todas las filosofías imaginables: que cada cual es dueño de leer y entender el *Quijote* á su modo, y no han de ser los verdaderos apasionados de Cervantes los que miren con ceño tan extraño como inofensivo culto, aunque se guarden con prudencia de iniciarse en sus ritos.»

La autoridad de cuanto citamos, nos concede, á la vez, el competente permiso para abordar nuestro trabajo, al amparo de otra opinión no menos respetable de la que dejamos sentada. El atildado literato D. Juan Valera en su «Discurso sobre el Quijote y las diferentes maneras de comentarle y juzgarle» (Madrid 1864), dice: «Cervantes era un gran observador y conocedor del corazón humano. Sin duda cuanto habia visto en su vida militar, en su cautiverio y en sus largas peregrinaciones, y las personas de toda talla con quienes habia tratado, le dieron ocasión y tipos para inventar y formar nuevos personajes tan verdaderos como los del *Quijote*; pero hay una enorme distancia de creer esto á creer que todo es alusión en dicho libro y á devanarse los sesos para averiguar á quién alude Cervantes en cada aventura y contra quién dispara los dardos de su sátira.»

La lectura de las obras de Cervantes honor del entendimiento humano y lustre de su patria y de



su siglo, nos convence de la universalidad de sus enseñanzas. Esa aglomeración de sentencias sobre todos los asuntos que conciernen á la práctica de la vida, excita en nosotros la admiración de igual modo que llamaron la atención del simpático Sancho Panza, cuando extasiado ante la sabiduría de su señor, se expresa de este modo: «Este mi amo, cuando yo hablo de cosas de meollo y sustancia, suele decir: que podría yo tomar un púlpito en las manos, y irme por ese mundo adelante predicando lindezas: y yo digo de él: que cuando comienza á enhilar sentencias y dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo y andarse por esas plazas á qué quieres boca. ¡Válate el diablo, por caballero andante que tantas cosas sabe! Yo pensaba, en mi ánima que solo podía saber aquello que tocaba á sus caballerías pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada.» (p. 1.<sup>a</sup>, cap. 22)

Y, en efecto, Cervantes trató y abarcó todo lo bueno, ofreciéndonos en sus múltiples lucubraciones un caudal de reflexiones y moralidades, de máximas y de agudezas que convierten al libro en un fino y completo tesoro de la más esmerada educación, á la que considera como la principal fuente de la felicidad ó desgracia de los hombres y de los Estados, ya que la urbanidad y la honradez, la buena fe y la bondad, la compasión y la beneficencia, la caridad y la justicia, y cuantas virtudes sociales tienen su centro en la

más sana moral, se encuentran desperdigadas aquí y acullá, esmaltando, con su inmenso valor, las páginas de esa obra extraordinaria, considerada por muchos como un animado cuadro, cuyo colorido refleja, con irreprochable exactitud, la natural idiosincrasia del pueblo español durante el siglo XVI. No es de extrañar, por tanto, la honda impresión que causó en el público tan pronto comenzó á divulgarse su lectura, y aunque no faltaron émulos y envidiosos que trataron de cercenar y rebajar su mérito indiscutible, y aun el general aplauso con que se recibió, nada mejor que recojer los frutos de la opinión y ofrecer, como buenas, á guisa de crítica imparcial, las declaraciones hechas por el Bachiller Sansón Carrasco ante Don Quijote y Sancho Panza en el ridículo razonamiento que tuvo con ellos: (capítulo III, p. 2.<sup>a</sup>)

«La tal Historia, dice, es del mas gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonestá, ni un pensamiento menos que católico.»

Diez años pasaron desde la publicación de la primera parte á la segunda, y en aquella época en que la cultura intelectual de España contaba con verdadera legión de eruditos y hombres eminentes, este vulgar sentir de la opinión confirma que el *Quijote*, no solo sirvió para «deshacer la autoridad y cabida que en el mundo tienen los libros de caballerías» sino que supo mantener

con brio, y con un lenguaje por nadie superado, las naturales tendencias de la moral en el arte, que tanto descuidaron los autores de las novelas picarescas, aderezadores de aquel sabor acre y picante que, en nuestros días, apenas si se aviene con los paladares más extragados.

Para conseguir ese primero y principal fin que Cervantes previno en el prólogo de su obra, se propuso en su *Ingenioso Hidalgo*, atender á la corrección de los vicios, sirviéndose de la razón y de la ironía, como armas capaces de echar por tierra todas las extravagancias caballerescas, especialmente, las que se oponían de modo directo á las máximas de la religion, de las leyes y de la sociedad, y su habilidad y peregrino ingenio se aprecian, una vez más, al conocer los medios que puso en práctica para llegar á la consecución de sus honrados propósitos.

La historia y la filosofía sirvieron de base á Cervantes para reunir verdades morales y consejos y preceptos que él supo ordenar y disponer con admirable acierto, colocando á unas y otros bajo la influencia de la fábula, mas apta y mejor que aquellas ciencias, para retratar con gran propiedad y precisión los esplendores de la virtud y las deformidades del vicio, y para estimular nuestro amor ó nuestro aborrecimiento en razón de la mayor ó menor moralidad que ostentan las acciones que hayamos de juzgar. No dudamos que el *Quijote* instruye y deleita al mismo tiempo, pero no es menos cierto que en libro tan admira-



ble, la diversión y el entretenimiento se hallan bajo el influjo de una fina y delicada sátira, sátira suave y alhagüena, desprovista de esa dirección personal que todo lo envenena y que con sus acerbidades convierte en odios y amargas las mas dulces tendencias de la vida. No hacia falta que Cervantes dijera en su *Viaje al Parnaso*:

«Nunca voló la humilde pluma mia  
por la región satirica, bajeza

que á infames premios y desgracias guia.»  
para conocer que sus máximas sentenciosas y sus avisos, siempre discretos y oportunos, tienen más de indulgentes que de austeras, ya se dirijan á corregir extravagancias caballerescas, ya se relacionen con delicados asuntos de carácter religioso ó legal.

Eleva y engrandece, Cervantes, las acciones heroicas, á su voluntad, llevándolas, hasta ponerlas en pugna, al parecer, con lo más noble y sagrado, sin qué jamás falte, á continuación, la explicación natural y sencilla de las antinomias en tal forma presentadas. Así, al exponer la costumbre de invocar los caballeros á sus damas para que los socorriesen cuando se veian en algún apuro ó en peligro próximo de muerte, -costumbre muy conforme á las leyes de *Partida*, pero contraria á la religión y á la razón misma—, el sabio autor la corrige con habilidad suma valiéndose del coloquio de D. Quijote y Vivaldo, en el cual, éste, manifiesta con argumentos, tan claros como fáciles, que la citada costumbre era



indigna del cristianismo, y propia solamente de idólatras y gentiles: razonamientos que aturden y hacen callar á D. Quijote, no obstante el necio y porfiado tesón con que se empeñaba siempre en sostener y llevar hasta el fin los más absurdos abusos cometidos por los caballeros andantes.

Y no solo demuestra, palmariamente, lo despreciable de esta y otras vergonzosas costumbres, sino que aplica, al mayor relieve de la moralidad que implanta, los dardos de su sátira y de su finísima ironía, como se observa al zaherir en su caballero andante, á todos aquellos que, creyéndose superiores por su condición á la autoridad de las leyes y de los hombres, anteponen el cumplimiento de los deberes de caridad, que son indeterminados y obligan indiferentemente según los medios, las circunstancias y los lugares—, á los deberes de justicia —que son determinados y no dejan nada á la libre interpretación del individuo—, fiados en la quijotesca inviolabilidad de su heroísmo. Tal sucede en la aventura de D. Quijote, al dar libertad á los forzados que iban á galeras; acto de falsa generosidad que lleva consigo la ridiculez mas estórida y la injusticia del mismo, comprobada por el desaire en que, el enderezador de tuertos, queda ante la autoridad de la justicia y ante las personas prudentes y juiciosas. Tal significan los reproches que le dirige Sancho: la burla que hizo de él el comisario cuando se lo propuso; el desprecio y los insultos de los mismos galeotes; la

fuga, más que retirada, á Sierra Morena por no tropezar con la Santa Hermandad; la reprensión del cura y la vergüenza y silencio de D. Quijote al escucharla; y en fin, las extravagantes exclamaciones de Sancho, cuando le descubrió como autor de tamaño atentado, ridiculizan la mania que tuvieron los caballeros andantes de defender todo lo que se acogía bajo su sombra, con detrimento de las leyes de la equidad y de la prudencia, y en ocasión en que, en España y en toda Europa, —desaparecido el gobierno feudal—, se asentaban sobre sólida base los sanos principios de más respetable y menos quebradiza autoridad.

Estuvo en lo cierto, por tanto, el Bachiller Sansón Carrasco, al afirmar que «ni por semeja,» descubriremos nosotros, ni nadie, conceptos escabrosos ó pasajes desnudos: la honestidad lo cubre todo con el amplio y hermoso velo de la moral más estricta, y en cuanto al sentido católico que campea en la relación de tan variadas aventuras, nos recuerda á cada momento el *savoir faire* de muchos escritores místicos, aun de la Santa Doctora, Teresa de Jesús, quien, considerando á la caballería como á la milicia de la Iglesia, y formando á esta de cristianos para la práctica y la defensa de la fe, escribió su alegoría caballeresca titulada *Las Moradas*, cuyo pensamiento, desarrollo y feliz término conquistaron para su insigne autora un puesto preeminente entre los mejores escritores de España.

Y que algo debió tomar la mística Doctora del

*Quijote*, se descubre en la analogía que parece existir entre la profesión de caballero andante y la profesión religiosa que Cervantes describe así, por boca de D. Quijote, en el cap. XIII, p. 1.<sup>a</sup>: «Porque si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda, que el mismo capitán que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra: pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que, somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las á ella tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando, siguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada preza y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden.»

Este discurrir tan bello como cristiano, es un testimonio del arraigo que en el alma de Cervantes tuvieron siempre las ideas y creencias católicas. No de otra manera se explica que su héroe D. Quijote, arrancado de las entrañas de su patria, fuese, como caballero andante, *ministro de Dios y brazo por que se ejecuta su sentencia*, y en



tan santas condiciones se creyera obligado á practicar mejor que los ideales romántico ó caballeresco, el ideal cristiano, deshaciendo agravios, enderezando tueras, amparando desvalidos y doncellas, sufriendo por el bien, practicando la virtud en las soledades de los campos, exponiendo, por amor á sus semejantes, su cuerpo á todas las intemperies y á todas las heridas, practicando, en fin, la mayor parte de las obras de misericordia, y recordando en todos momentos las solemnes promesas de felicidad que hizo Jesús en el sermón de la montaña, á los que siguieren la doctrina de perfección que en las *bienaventuranzas* propone. «De mí sé decir, exclama Don Quijote en el cap. III, que despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos: y aunque há poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun reino adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra, que mia fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento, que solo consiste en el deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras.»

Á tanto se prestan la profundidad de estas maravillosas enseñanzas, demostración palmaria de



la fe católica de Cervantes, y de tal suerte influyen en el ánimo de los ilustres comentaristas del *Quijote*, que, en el último libro publicado con el título de «Vida de D. Quijote y Sancho» (acaba de ver la luz pública en Salamanca), su laborioso autor D. Miguel Unamuno, Rector de la Universidad, llevado de su pasión idealista, hace un original paralelo entre D. Quijote y D. Íñigo de Loyola. Cree el Sr. Unamuno, ferviente admirador del caballero azpeitiano,—á quien considera como el mas exacto representante de la raza vascogada,—que aquel ilustre personaje, fundador de la Compañía de Jesús y canonizado luego en mérito de sus relevantes virtudes, fué, en sus mocedades una especie de caballero andante, un soñador más ó menos perfecto, y de todas suertes, un ambicioso de lo ideal. Sentado esto, facil es calificar á D. Quijote de Cristo venido al mundo para desfacer entuertos y para purificar cuanto le rodea, sirviéndole de argumento para explicar tan delicada misión la primera aventura que realizo D. Quijote en la venta, destinada á ennoblecier á las dos mozas; aquellas *mozas del partido*, que en un principio, al oirse llamar doncellas por el desequilibrado caballero, se rieron cinicamente, si bien mas tarde, y ante la grandeza de D. Quijote, se emocionaron y le ofrecieron de comer, le cui-taron y sirvieron, le armaron caballero y sintiéronse bañadas las almas de la pureza que del alma quijotil brotaba abundantemente.

Este parangón del Sr. Unamuno, con todas las novedades que ofrece, acaso carezca de originalidad. Los místicos del siglo XVI acostumbraban, con frecuencia, á representar los combates materiales con los combates del alma; recuérdense entre otras alegorias más ó menos extravagantes algunas que figuraban á Cristo como caballero andante, y en especial, *El Caballero de la Cruz en lucha con el Caballero de la Serpiente, ó sea el demonio*, que es uno de los más bellos libros de Santa Teresa de Jesús.

Mas, téngase en cuenta, que la costumbre de armar caballeros á cuantos abrazaban la carrera de las armas ó la profesión religiosa, no se debe mirar como una ceremonia trivial y de escaso interés.

Y como D. Quijote al abandonar su casa en compañía de Sancho, se encontró con que no estaba armado caballero, hubo de subsanar esta falta auxiliado por los recursos de su imaginación calenturienta, que le hacen ver castillos donde no hay otra cosa que ventas, caballeros donde solo hay venteros, doncellas principales donde no hay mas que ramera, y trompetas militares que allí representa el cuerno de un porquero, exornando á tan ridícula escena con todas las galas de su fecunda fantasía á objeto de satirizar las fútiles y extravagantes exterioridades que servían de base á la andante caballería, supuesto que los privilegios y las distinciones se consideran legítimas cuando provienen de auto-

ridad competente y se otorgan como justa recompensa al mérito más ó menos relevante.

Pero en esta interesante escena de la venta, hay un episodio (cuando veló las armas en el patio), que sirvió sobremanera al ortodoxo Cervantes, para reprender y censurar el abuso que se hacía de las cosas sagradas, mezclándolas y bastardeándolas con las profanas. Antiquísima la costumbre, entre nuestros guerreros, de implorar la bendición y auxilio del cielo en visperas de combates y de próximos peligros, natural era que los caballeros andantes implorasen, también, de los héroes ó de divinidades fantásticas, la consiguiente protección para las hazañas y aventuras que pretendían realizar, naciendo de aquí el origen de las vigiliass y velas de armas que hacían los pretendientes la noche antes de ser armados, (como prescriben los antiguos estatutos de las órdenes militares), pero, Cervantes, prudente y reflexivo ante la significación de tal ceremonia, se ingenia con su poderoso talento para que ésta se verifique en el patio, dando el ventero la excusa de estar caída la capilla. Admirable prueba de discreción y religiosidad, dada en los comienzos de su prodigiosa fábula, y testimonio irrecusable de que el protagonista de su libro inmortal, á diferencia de los campeones que empiezan la carrera de sus hazañas con la supersticiosa profanación de las cosas sagradas, había de servir para más que esperar de él «atropellamientos injustos, trastorno de la sociedad, des-



precio de las leyes, y una continua transgresión de la moral cristiana y de los primeros preceptos de nuestra religión» según acertadamente dice en el *Juicio Critico del Quijote*, su laborioso é ilustrado autor D. Vicente de los Ríos.

No descuida Cervantes, al impugnar los vicios caballerescos, el mejoramiento de los hombres. Alabando á unos y ridiculizando á otros, corrigió defectos y censuró vicios, tan graves algunos como los que originaba la ciega credulidad de las supersticiones y agüeros, y la de considerar como sobrenaturales á hechos y sucesos que apenas rebasaban los límites de lo más común y sencillo. La famosa *astrologia judiciaria* sale maltrecha á fuerza de ironías, y los rudos ataques á la ignorancia los utiliza para fomentar la mas sana y mas perfecta educación, que procura propagar, no solo entre el vulgo, sino entre los mediocrementemente iniciados en los diversos ramos de la cultura humana. En tan caritativa labor, su ánimo, lejos de decaer en la pusilanimidad ó en el excepticismo, se yergue con mayor entusiasmo, si cabe, cuando la ocasión le depara algún simil capaz de dar mayor energia al pensamiento y de aplicarlo á los desórdenes de nuestro apetito sensitivo y racional. «Hemos de matar, dice, en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos, á la injuria y lascivia en la



lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza en andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan sobre cristianos, famosos caballeros.» ¿Puede darse mas valiente apología de las virtudes que fortalecen nuestra alma contra los incentivos de los pecados capitales? ¿Podemos afirmar ya, que Cervantes aparece y se muestra perfecto católico en el transcurso de su inmortal Quijote? ¿Es simbólico nada de cuanto entresacamos, por lo que respecta al sentido cristiano que, sin vacilación, admitimos como patrimonio de su autor?

Los acotamientos y comentarios que apuntamos en el superficial exámen de tan estupenda obra, alejan toda sombra de duda acerca de las sanas tendencias religiosas de Miguel de Cervantes, sin que temamos que á nosotros nos puedan aplicar como á nuevos comentaristas de extravíos las atinadas palabras que Cervantes pone en boca de su héroe: «Ahora digo que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que á tienta y sin algún discurso se puso á escribirla, salga lo que saliere, como hacía Orbaneja el pintor de Ubeda, al cual, preguntándole, qué pintaba, respondió, lo que saliere: tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letra gótica escribiese junto á él, *este es gallo*: y así debe de ser mi historia, que tendrá necesidad de comentario para entenderla.—Eso no, respondió

Sansón, porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran.....»

Lejos de nuestro ánimo el pretender dar autoridad alguna á las sencillas observaciones que se nos ocurren en el desarrollo de este incompleto trabajo. Participamos de la opinión de aquellos que afirman que las obras del genio están por cima de todo análisis y de todo comentario, sin que se nos oculte, según el dicho de afamado poeta, que *El Quijote es la desesperación del género humano*, ó bien, como el gran Quintana dice: *no es posible ciertamente hablar de esta obra singular sin una especie de entusiasmo, ó, si se quiere, de intolerancia, que se rebela contra toda idea de crítica y de examen.*

Adicionar y comentar frases y párrafos de testimonios que consoliden definitivamente las arraigadas creencias cristianas de tan celeberrimo escritor, no es obra de romanos, ni mucho menos. Pero, ni la selección que hiciéramos, ni los comentarios, (supuesta la claridad con que habla Cervantes por boca del protagonista de su obra), contribuirán á otra cosa que á dar á este trabajo proporciones que no son del caso y que, quizá, nos llevaran á olvidar el sano consejo de D. Quijote. «Sé breve en tus razonamientos, dice, que ninguno hay gustoso si es largo,» y aceptando tan saludable advertencia, veamos, ahora, de

controvertir alguna de las opiniones sustentadas con objeto de inclinar á que Cervantes figure en estrecha concomitancia con los pensadores reformistas.

Según D. Benigno Pallol [*Polinous*], Cervantes en muchas sentencias dirige igual número de invectivas y de embozadas alusiones á los libros sagrados del Cristianismo, haciéndolo con el tino y discreción en él proverbiales. «El corazón del mal, dice, era para Cervantes la Sagrada Escritura, [*donde entró con un tantico de curiosidad*], porque de ella han nacido los verdaderos libros de caballerías que combate *El Quijote*...» «Su obra venía con un nuevo espíritu á la realidad, bien ageno al de los sacerdocios, y no podía decorarse con ideas religiosas ni filosóficas opuestas á la amplia libertad humana. Por tanto, *El Quijote*, no ostenta prestigios buscados en los sistemas de Aristóteles y Platón, ni en las predicaciones de los Santos Padres; ni necesita la colaboración espiritual de la aristocracia coronada, ni del talento que sigue su ruta....»

«En resumen: *El Quijote* es una invectiva contra los libros sagrados y sus derivaciones, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón.»

La refutación que sigue no nos pertenece; corresponde al Excmo. Sr. D. José Maria Asensio y Toledo, quien, en su discurso sobre las Interpretaciones del Quijote, se expresa de este modo, refiriéndose al Sr. Pallol.



«Ante tales conclusiones no debo insistir, ni tengo para qué consignar otras muchas, extrañísimas y tan infundadas como las transcritas que por do quier se encuentran en el libro, y solamente servirían para confirmar, con escándalo de los oyentes, los propósitos y tendencias del autor, ya bien manifiestos en lo que se ha copiado, en mi sentir más equivocados que los de Benjumea y Saldias, si caben grados y gerarquias en equivocaciones de este género. Y no parece tampoco oportuno detenerse en demostrar los errores de semejantes inducciones: no sería propio de este lugar ir las refutando minuciosamente, ni tendrá objeto la refutación de una por una, porque basta con traerlas á la memoria, fijando sus principales caracteres para que se les dé el lugar que les corresponde.»

Por nuestra parte hemos de recordar el respeto que los Libros Santos merecieron siempre al autor del *Ingenioso Hidalgo*, fijándonos en un curioso paréntesis que figura en su excelente discurso acerca de las *Armas y Letras*, y que transcribimos muy gustosos. Dice así: «El fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo; que á un fin tan sin fin como este, ninguno se le puede igualar, etc., etc.)» cuyas palabras pueden convencer al Sr. *Pclinous* del atrevimiento y falsedad de las quiméricas teorías que sostiene, revelándole, de paso, que ese «fin sin fin,» á que alude Cervantes, no es otro que el



fin sobrenatural que está sobre las exigencias y las fuerzas de la naturaleza creada, y que nunca confundiremos con el fin suprasensible como lo hacen los racionalistas.

Con gran seguridad y aplomo dice Don Quijote en el capítulo I de la Segunda Parte: «*La Santa Escritura no puede faltar un átomo en la verdad,*» afirmación tan rotunda como categórica que destruye por completo las infundadas suspicacias del Sr. Pallol.

El pasaje referente á la rara aventura de los disciplinantes, (1) (cap. LII), hace opinar al caballero Jarvis, en una nota á su traducción inglesa, que es una fina sátira contra la veneración de las imágenes, admirándose de que la haya dejado correr el Santo Oficio. Ya en otra nota al capítulo XIII, de esta misma Parte I, sobre reprobar Vivaldo que los caballeros andantes no se acordasen en los peligros de encomendarse á Dios sino á sus damas, «Mejor fuera, dice, que las palabras que gastó encomendándose á su dama, las gastára en lo que debia y estaba obligado como cristiano,» indica el referido Jarvis que en esto se conforma Cervantes con la doctrina de los heterodoxos. El Sr. Pellicer, comentando tales aseveraciones, replica: «Verdaderamente que es preciso tener los aposentos del cerebro casi tan hueros y vacíos como el mismo D. Quijote para deducir semejantes ilaciones de los mencio-

(1) Se debe llamar aventura del cuerpo muerto, y es un entierro y no una procesion, según afirman Benjumea y Jarvis.

nados textos, tan injuriosos á la piedad y catolicismo de Miguel Cervantes, acreditado en la *Vida* y en sus obras; y que tales deslumbramientos del entendimiento humano deben servir de grande ejemplo y freno á los comentadores para no interpretar á los autores originales tan voluntaria y maliciosamente, pues para obligarlos á decir lo que jamás les pasó por la imaginación les pegan hasta las opiniones de sus sectas.»

Por su parte, el Sr. Díaz Benjumea, en *La Estafeta de Urganda*, explica, á su modo, lo que significa la *aventura de los disciplinantes*, haciendo esperar mucho en su comentario; mas su contradicción es manifiesta, ya que ocupado en aconsejar la paz y la concordia, estampa frases como la de la «*religión de los odios y hogueras de Felipe*» que, como afirma el señor Morán, «sobre no venir muy al propósito, vertidas por un español en las orillas del Támesis, suenan peor aún en nuestros oídos que si hubieran salido de las márgenes del Guadalquivir.»

Nótese que Jarvis y Benjumea escribieron y publicaron sus obras en Londres, separándose de la opinión y buen juicio que el Quijote mereció al ilustrado barón de Carteret, que publicó en Londres, también, en 1738, una lujosa edición de *El Ingenioso Hidalgo* que regaló á su soberana como la obra más agradable y discreta que se había escrito en el mundo.

Jarvis y Benjumea que indudablemente han meditado mucho sobre el recóndito espíritu del

Quijote, le han atribuido el simbolismo más acorde con sus preocupaciones ideológicas. En sus achaques, que bien podríamos calificar de obcecaciones de escuela, cada cuál, conociendo el valor de la adquisición cervantina, la pretenden para sí, juzgándose los mejores si no los únicos intérpretes de tan hermosa obra.

Tal intento lleva consigo la despolarización del *Quijote*.

Quizá estas tendencias de los citados escritores, indujeron á otros á decir, que Cervantes era filósofo, racionalista, republicano y otras cosas más que le convierten en un verdadero volteriano, todo lo cuál es absurdo. Hombre superior á su siglo, se acomodó, en el orden religioso, á las prescripciones católicas de su tiempo, como sumiso y obediente hijo de la Iglesia, mostrándose fuerte en las adversidades, sufrido en sus padecimientos y modesto en sus triunfos, alejándole su conducta y el fondo de sus escritos de los conceptos de librepensador y revolucionario que capciosamente le atribuyen los sectarios de tales ideas. *El Quijote* en su aspecto filosófico-social, siempre será la condenación terminante del ideal social de la Edad Media, del feudalismo caballeresco y del espíritu positivista de la Edad Moderna, cada vez más pujante á medida que avanzan los tiempos.

Son varios los escritores que ocupándose de lo que se dió en llamar *Sentido oculto del Quijote*, hacen también alusiones más ó menos emboza-



das á determinados pasajes en una dirección que no es la pretendida por nosotros, siendo algo más esplicito, el catedrático que fué de Historia de España, y de Metafísica en la Universidad de Sevilla, D. Federico de Castro, quien, en un folleto titulado *Cervantes y la filosofía española*, al ocuparse de los dos diversos y aun contrarios sentidos filosóficos que se disputaban el dominio de las inteligencias, cuando escribió Cervantes, juzga, que entre el Escolasticismo, como apegado á la tradición y á la autoridad, y las nuevas escuelas hijas del Renacimiento, que, más ó ménos propendían á la libertad del espíritu, Cervantes se inclinó resueltamente, por estas últimas. Para demostrarlo, después de intercalar en su estudio curiosas disquisiciones filosóficas, escoge del *Quijote* las citas que le parecen más oportunas. Son notables, á nuestro objeto, entre otras, las que utiliza para demostrar que Cervantes, acostumbrado á guiarse por su propia conciencia, cuya voz nada extravia en las soledades en que de ordinario moró, no solo distingue perfectamente la religión de su exterior apariencia, sino que con gran atrevimiento, dice—: «que pasa desapercibido para la censura (al fin eran delirios de un loco), desdeñando excomuniones y bulas pontificias, coloca la conciencia del caballero frente á la autoridad del supremo Gerarca. y no duda en dar á aquella la preferencia.» Afianzó la primera parte de su argumentación, en las graves razones con que increpa el



Ingenioso Hidalgo al Capellán de los duques: (2.<sup>a</sup> Parte, cap. XXXII.) «Unos van por el ancho campo de ambición y soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa y algunos por el de la verdadera religión.» Es una lástima que el Sr. Castro no desvirtuara el alcance que quiso dar á tales frases, cosa que hubiera hecho solo con copiar la línea anterior á ellas: «caballero soy, y, caballero he de morir, *si place al Altísimo*,» con eso bastaba para hacer palmaria la sumisión de la conciencia individual hacia el Todopoderoso. La parte segunda de su tesis se apoya en el siguiente pasaje: «Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *justa illud: si quis suadente diabolo*, etc.; aunque sé bien que no puse los manos, sino este lanzón: «cuanto más que no pensé que ofendía á Sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y vestiglos del otro mundo; *y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que pasó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo cual lo descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.*» Primera parte, cap. XIX.

Estas consideraciones que se hace D. Quijote, propias de Derecho canónico y relacionadas con



el sacrilegio personal que cree haber cometido, son reflexivas en alto grado para el que las hace, y en ellas demuestra que—si bien atento á su vida interior, de igual modo que pueden estarlo místicos y sensualistas—, concede el aprecio que se merece á la apariencia externa, excepto en aquello que no se conforma con sus quiméricas ideas que atribuye á misteriosas figuras (fantasmas y vestiglos) evocadas por el mágico poder de los encantamientos y de sus enemigos los encantadores.

La exposición de tales considerandos hace honor á la competencia y tino de Cervantes, en el fácil manejo de su héroe, á quien permite vagar libremente, dejándole irresolutos los extremos de la razón y de la locura, y poniendo en sus labios (los de un alucinado) excelentes lecciones de moral y de sabiduría, en las cuales, según afirma el poeta inglés Wordsworth, «la razón anida en el recóndito y magestuoso albergue de su locura.»

Lugar es éste de hacer notar, por lo que respecta á la pública reprensión del sacerdote en casa de los duques, que, lo que pretendía este eclesiástico no era otra cosa que apartar á D. Quijote de la locura de ser caballero andante, obligándole á que volviera á su casa, insinuando al propio tiempo al Duque que, divertirse en seguir á un loco en su manía, es ser más loco que él. Si tales intentos hacen honor al eclesiástico de referencia, no así la manera descompuesta y los dictérios que empleó para conseguirlo, con

lo cuál, lo que de otro modo hubiera sido una pretensión justa, cambiósese en ridículo é importuno apóstrofe, impropio de la buena educación y crianza de una persona ilustrada, obligando á D. Quijote á que contestase, «temblando de los pies á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua», según los fueros de su urbanidad y cortesía, demostrada entre otros pasajes, en el coloquio habido con el canónigo de Toledo, de quien aguantó las reconvenciones y cargos sin irritarse ya que se las hicieron con buenas formas.

Por otra parte, siempre hemos creído que la locura de D. Quijote tiene poco de «demencia mística» y el acierto de Cervantes consiste, como dice el Sr. Menendez y Pelayo, «en haber dejado indecisas las fronteras entre la razón y la locura, y dar las mayores lecciones de sabiduría por boca de un alucinado.» Lo cuál no era burlarse de la inteligencia humana, ni menos escarnecer el heroísmo, que en el Quijote nunca resulta ridículo, sino, bueno en sí, óptimo y saludable. Lo que desquicia á D. Quijote no es el idealismo, sino el individualismo anárquico. Un falso concepto de la actividad es lo que le perturba y enloquece, lo que le pone en lucha temeraria con el mundo y hace esteril toda su virtud y esfuerzo. En el conflicto de la libertad con la necesidad, Don Quijote sucumbe por falta de adaptación al medio, pero su derrota no es mas que aparente, porque su aspiración generosa permanece integra, y se verá cumplida en un mundo mejor,



como lo anuncia su muerte tan cuerda y tan cristiana:»

Esta opinión del eminente polígrafo concede gran valor al celebrado razonamiento que hace D. Quijote á unos cabreros sobre la edad de oro, que comienza: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos, que con razón merecieron el nombre de dorados,» (Parte I, cap. XI), razonamiento que el Sr. Lafuente consideró como precursor de las doctrinas socialistas, y que Bastiat las pone en boca del Hidalgo Manchego, como los economistas en la de Sancho, en dos de sus cartas, y explica también en qué forma parece colocarse D. Quijote sobre toda justicia humana, replicando sosegado al cuadrillero que intentaba prenderlo en nombre del Rey y de la Santa Hermandad: «Venid acá, gente soez y mal nacida: ¿saltar de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah, gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, etc., etc.,» y finalmente, «¿qué caballero andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo que no tenga bríos para dar el solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?» Parte I, cap. XLV.)

El individualismo anárquico le impulsa á acometer á los disciplinantes, no bastando á detenerle ni el cura ni el canónigo, ni el barbero, ni



aun las palabras de Sancho: «¿qué demonios lleva en el pecho que le incitan contra nuestra fé católica?» Mas, D. Quijote, á quien le intiman á que exponga en dos palabras el porqué de su actitud ofensiva, exclama: «En una lo diré, y es ésta, que luego al punto dejéis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad, y que algún notorio desaguisado le habedes fecho, y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron que D. Quijote debía de ser algún hombre loco, etc., etc.» (Parte primera cap. LII)

El individualismo anárquico le lleva á considerar á la caballería andante como á una institución maravillosa, muy conforme á la indecisión de su locura, que abandona cuando le conviene, ó mejor, cuando juzga que su razón debe intervenir para disipar las dudas ó la ambigüedad que aparecen en sus contundentes argumentos.

Véase la prueba en lo que dice en la Parte Segunda, cap. XVIII, en el castillo ó casa del caballero del Verde gaban, distinguiendo en la que para él es Ciencia de las Ciencias, los deberes terrenos y humanos de los que han de tributarse á la divinidad.

«Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió D. Quijote; que la mayor parte

de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mi que si el cielo milagrosamente no les dá á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha demostrado la experiencia; no quiero detenerme agora en sacar á vuestra merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es rogar al cielo lo saque dél, y le dé á entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usáran; pero triunfan ahora, por pecado de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo. Y ¡cómo no! si la ciencia de la andante caballeria encierra en sí todas ó las más ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido; ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas; que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quién se las cure; ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla; ha de saber las

matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teológicas y cardinales, descendiendo á otras menudencias, digo que ha de saber nadar como nadaba el pexe Nicolás ó Nicolao, ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno, y *volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fé á Dios y á su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida en defenderla.*»

Demuéstrase, en cuanto aquí se preceptúa, que el hombre, la familia y la sociedad toda, caminan, como por instinto, hacia su ideal de perfección: la humanidad siente la nostalgia del bien y se vé suavemente empujada hacia su consecución, por esas figuras sobresalientes que la historia conoce con el nombre de génios, héroes ó mártires.

Cervantes, con su mágico pincel, dotó al protagonista de su obra inmortal de cualidades sobresalientes, las adecuadas para expresar con fidelidad esa tendencia ingénita que su propio corazón debió acariciar con entusiasmo en sus prolongadas horas de infortunio y de tribulación, y teniendo muy presentes las secuelas del olvido y de la injusticia, que tanto y tan repetidamente le afligieron, concentró en Don Quijote, en su alma, mejor dicho, el colmo de sus propias aspi-



raciones. Ensayó entre los varios ideales que se le ofrecían el más seguro y de mayores ventajas, y en armonía y estrecho enlace con su religiosidad y piadosas creencias, eligió al ideal evangélico como el más apropiado para exornar con extraordinario relieve al personaje-tipo, ideal y real, individual y general, á la par, á quien coloca en los rieles de la gloria, haciéndole marchar por sinuosidades y asperezas, por contratiempos y desgraciadas aventuras, pero siempre con fe inquebrantable, realizando la justicia, prodigando la generosidad, mostrándose cortés, discreto, bueno y bondadoso, religioso y caritativo, de tal suerte, que, en todos sus actos y en su cristiana paciencia para soportar las frecuentes adversidades que le acontecen, se reflejan, con esplendente grandeza, los inextimables dones con que la Providencia distingue á sus verdaderamente predilectos, esto es, á los bienaventurados.

El ideal de la justicia y el ideal de la bondad acompañan á Don Quijote en todas sus empresas, y estos puntos de mira, asociados á un amor ideal, también, tan honesto y pulcros como el que sintió por Dulcinea, no tienen más remedio que contrastar y pugnar con las costumbres más ó menos licenciosas y aun con los vicios de que no se hallaba exenta la sociedad española en los siglos XVI y XVII. De aquí la lucha, de aquí el portentoso contraste que se observa en obra tan admirable: contraste peregrino, hermoso, sublime, que se inicia en las primeras páginas, que

acrece en el transcurso del libro y que no decae hasta el último de sus capítulos. La enfermedad y muerte del «desfacedor de agravios» es el canto del más puro y sentido realismo: el ideal, sostenido á fuerza de ingenio y de artística perseverancia, concluye en momento tan solemne, dejando paso á la realidad con todos sus destellos y primores.

Tal es *El Quijote*: tal la obra del excelso autor á quien uno de nuestros eximios escritores contemporáneos, considera, como á «una alegría de Dios», capaz por su esclarecido ingenio, de despertar, con su lectura, las inteligencias más torpes y menos cultivadas.

Examínese, por tanto, la gloriosa producción de escritor tan castizo como religioso, y en esa enciclopedia del saber, en ese arsenal del buen gusto, observaremos que Miguel de Cervantes Saavedra, se muestra en todos los capítulos de su obra inmortal, como perfecto católico y como compañero inseparable de nuestros grandes místicos del siglo de oro, asido siempre á los hermosos ideales del bien y de la virtud, que ni descuida un momento ni abandona jamás, ya que las encontradas aventuras que tan admirablemente narra y describe, lejos de aparecer en pugna con los ideales precitados, se acomodan á las prescripciones del credo católico, como quien á todas horas se acuerda de que «Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo y de premiar al bueno», (Parte I. cap. XXII) y propias

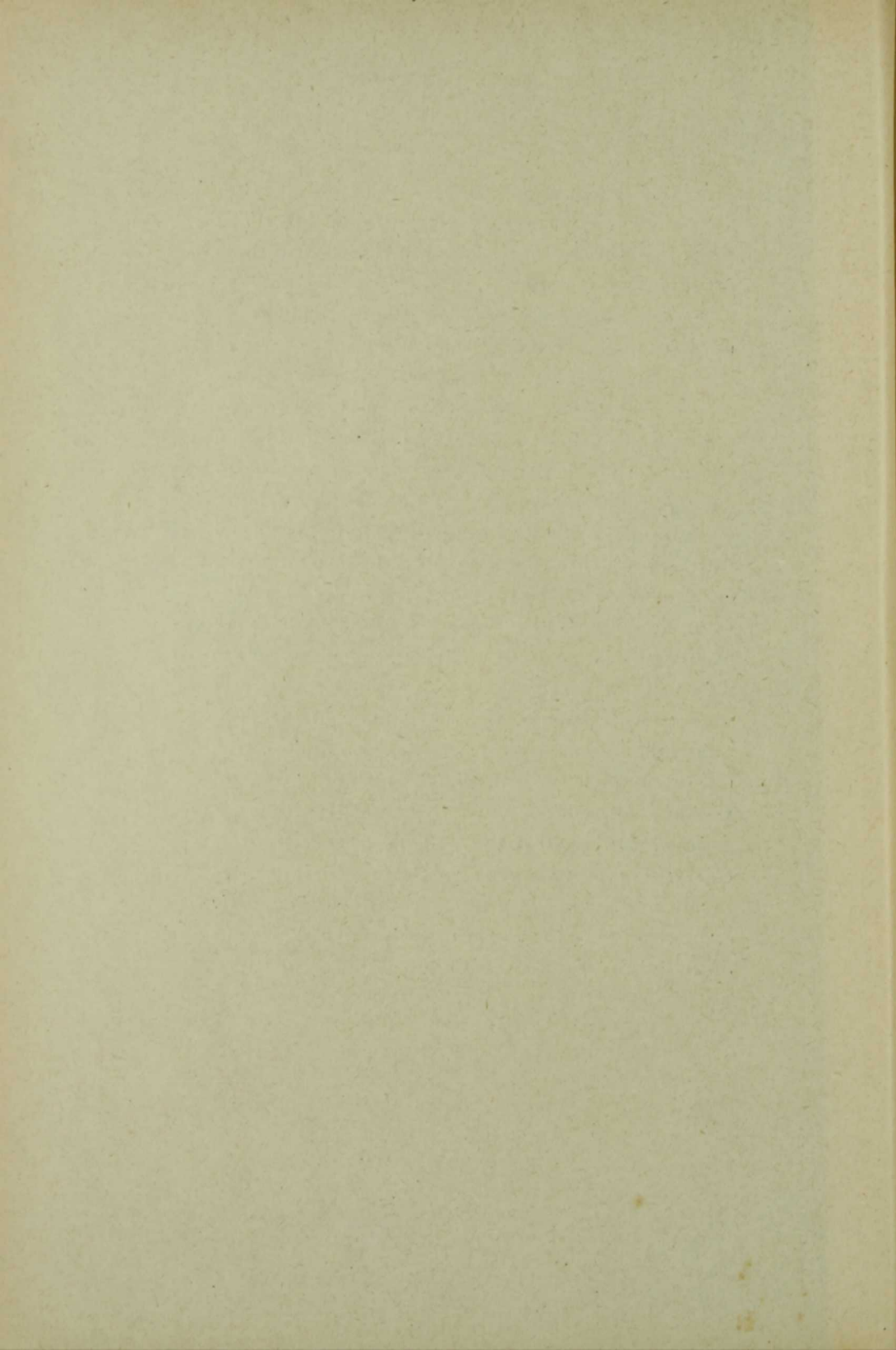
también, del muy cuerdo y profundo pensar que se revela en los consejos sabios é importantes dados por D. Quijote á Sancho, muy convenientes á todos los que ejercen autoridad y jurisdicción en los pueblos, y que comienzan así: «Primera-mente, oh hijo, has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.» (Parte I cap. XLII.)

Y si, á la sana y buena doctrina católica que supo esparcir por su maravillosa obra, agregamos que ningún escritor poseyó, en mas alto grado, la delicadeza y aquel *decorum* que tanto recomienda Horacio, manifiesta, especialmente, en la descripción de los múltiples asuntos amorosos, haremos bueno el dicho del Sr. García Estrada, afirmando que «no hay asunto por lúbrico que sea que no salga de su pluma aliñado con el traje de la decencia.» Por confesión del propio Cervantes sabemos que en sus atildadas novelas, denominadas por él *ejemplares*, —en las que con éxito no superado, desplegó las galas de su privilegiado ingenio—, las concedió tal título para distinguirlas de las poco edificantes que á la sazón corrían en manos de todos, llevando su miramiento en esta parte al punto de que «hasta los requiebros amorosos, son tan honestos y tan medidos con el discurso cristiano, que no podían mover á tal pensamiento descuidado ó cuidadoso al que las leyere; pues de otro modo, *antes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas al público.*» Honrada y



crisiana declaración que quizá le obligó á no incluir en la colección de sus novelas á *La Tia fingida*, por retratar, en ella, las costumbres estudiantiles con cierto colorido picaresco.

Mérito sobresaliente es, sin duda, el valerse de un personaje desequilibrado y no inclinarle, ni por casualidad, ni en ocasión alguna, á pendiente resbaladiza ó sospechosa que permitiera dudar de la ortodoxia cervantina, conservando á su héroe, hasta su final, *qualis procceserit ab incepto*, como recomienda el precepto horaciano, y segun ha hecho notar muy oportunamente el ilustrado escritor católico Mr. Charles Lèveque, en su concienzuda obra *La ciencia de lo Bello*: «Don Quijote es loco: pero es una inteligencia extraviada con un alma heróica. Nunca se vió más valiente y sublime locura. Apártesele de ella y es sensato, bueno, afectuoso: tiene distinguida inteligencia, gusto puro, elevado lenguaje... Sus últimos momentos son una escena conmovedora y sencilla que no se puede leer sin derramar lágrimas. *La posteridad ha recompensado á Cervantes por haber respetado el alma humana hasta en sus flaquezas y no haber ridiculizado en extremo la monomania de la abnegación y del sacrificio.*»



### III.

Junto al elocuente testimonio de Mr. Lèveque, quien, en contadas palabras, dice mucho en pró de las acendradas creencias y de la fé religiosa de Miguel de Cervantes Saavedra, podríamos colocar las opiniones de varios escritores que juzgan de la corrección y de la moral del Quijote en forma que hace honor al mejor hablista de la lengua castellana. Y aunque esta labor no resultaría impropia de la indole de este trabajo, cederemos la preferencia á las altas autoridades eclesiásticas que intervinieron en las censuras y aprobación de *D. Quijote de la Mancha*, siendo sus dictámenes los que—mejor que nosotros—, se encarguen de dar la definitiva sanción al probado catolicismo de Cervantes.

Cumplióse bien pronto, despues de 1605, la famosa predicción de Sancho: «Antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón



ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas.» y en efecto, el libro que se adapta á todas las edades, siendo sabroso manjar para todos los gustos, dulce recreo para todos los caracteres, y según Walter Scott, *obra magistral del humano entendimiento*, impreso en Madrid por Juan de la Cuesta (la primera parte), en el año que citamos, con privilegio en Castilla, Aragón y Portugal, vió la luz pública, en estos Estados, y meses más tarde en Valencia, Lisboa, Bruxelas, Amberes, Milán, etc. etc.,» luego de obtenida por su autor la correspondiente Real licencia y la aprobación del Tribunal del Santo Oficio.

De los resultados que produjo la lectura de obra tan singular y del cariño con que fué acogida, no solo del vulgo, donde cundió en primer término, sino entre los literatos y especialmente en numerosos y distinguidos intelectuales de la clase sacerdotal, dán testimonio los siguientes documentos— refrendados por acreditadas autoridades religiosas, y que aparecen al frente de la Parte Segunda, después de la licencia de Su Majestad y los derechos de tasa.

(Se ignoran los nombres de los aprobantes de la primera parte del *Quijote*, en Madrid; y, á título de curiosidad, diremos que las ediciones portuguesas llevan todas sus correspondientes aprobaciones fechadas en Lisboa: la de Rodriguez de la Santa Inquisición, fecha 26 de Febrero de 1605; y la de Crasbeeck, de la Inquisición tam-

bién, fecha 27 de Marzo, en la que el padre Agustino Fray Antonio Freire, dice: «*assi como vay naon leva cousa dissoante á doutrina cathólica, et polla muita eloquencia et enghe- no que nelle mostra ó Autor, me parece digno que pera honesto entretenimiento se im- prima.*»]

Dicen así los documentos á que anteriormente hicimos referencia:

## APROBACIÓN

«Por comisión y mandato de los señores del Consejo he hecho ver el libro contenido en este memorial. No contiene cosa contra la fè ni buenas costumbres; antes es libro de mucho entretenimiento lícito mezclado de mucha filosofía moral: puédesele dar licencia para imprimirle. En Madrid á cinco de Noviembre de mil seiscientos y quince. = *Doctor Gutierre de Cetina.*»

## APROBACIÓN

«Por Comisión y mandato de los señores del Consejo he visto la *Segunda Parte de Don Quijote de la Mancha*, por Miguel de Cervantes Saa-

vedra. No contiene cosa contra nuestra santa fé católica ni buenas costumbres; antes muchas de honesta recreación y apacible divertimiento, que los antiguos juzgaron convenientes á sus Repúblicas; pues aun en la severa de los lacedemonios levantaron estatua á la *Risa*, y los de Tesalia la dedicaron fiestas, como lo dice Pausanias, referido de Bosio, Lib. II *De Signis Eccles*, cap. X, alentando ánimos marchitos y espíritus melancólicos, de que se acordó Tulio en el I *De Legibus*, y el Poeta diciendo:

Interpone tuis interdum gaudia curis.

Lo cual hace el autor, mezclando las veras á las burlas, lo dulce á lo provechoso, y lo moral á lo faceto, disimulando en el cebo del donaire el anzuelo de la reprensión, y cumpliendo con el acertado asunto en que pretende la expulsión de los libros de caballerías; pues con su buena diligencia, mañosamente alimpiando de su contagiosa dolencia á estos reinos, es obra muy digna de su grande ingenio, honra y lustre de nuestra nación, admiración y envidia de las extrañas. Este es mi parecer, salvo etc. En Madrid á 17 de Marzo de 1615. = *El M. Josef de Valdivielso*. »

## APROBACIÓN

«Por comisión del señor doctor Gutierrez de Cetina, vicario general desta villa de Madrid.



corte de Su Majestad, he visto este libro de la *Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*, por Miguel de Cervantes Saavedra, y no hallo en él cosa indigna de un cristiano celo, ni que disuene de la decencia debida á buen ejemplo, ni virtudes morales; antes mucha erudición y aprovechamiento, así en la continencia de su bien seguido asunto para extirpar los vanos y mentirosos libros de caballerías, cuyo contagio había cundido más de lo que fuera justo, como en la lisura del lenguaje castellano, no adulterada con enfadosa y estudiada afectación (vicio con razón aborrecido de hombres cuerdos); y en la corrección de vicios, que generalmente toca, ocasionado de sus agudos discursos, guarda con tanta cordura las leyes de reprehensión cristiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad que pretende curar en lo dulce y sabroso de sus medicinas, gustosamente habrá bebido, cuando menos lo imagine, sin empacho ni asco alguno, lo provechoso de la detestación de su vicio, conque se hallará (que es lo más difícil de conseguirse) gustoso y reprendido. Ha habido muchos que, por no haber sabido templar ni mezclar á propósito lo útil con lo dulce, han dado con todo su modesto trabajo en tierra; pues no pudiendo imitar á Diógenes en lo filósofo y docto, atrevida, por no decir licenciada y desalumbradamente, le pretenden imitar en lo cínico, entregándose á maldicientes, inventando casos que no pasaron para hacer capaz al vicio

que tocan de su áspera reprensión, y por ventura descubren caminos para seguirle, hasta entonces ignorados, con que vienen á quedar, si no reprehensores, á lo menos maestros dél. Hácense odiosos á los bien entendidos; con el pueblo pierden el crédito, si alguno tuvieron, para admitir sus escritos, y los vicios que arrojaba é imprudentemente quisieron corregir, en muy peor estado que antes: que no todas las postemas á un mismo tiempo están dispuestas para admitir las recetas ó cauterios; antes algunos mucho mejor reciben las blandas y suaves medicinas, con cuya aplicación el atentado y docto médico consigue el fin de resolverlas: término que muchas veces es mejor que no el que se alcanza con el rigor del hierro. Bien diferente han sentido de los escritos de Miguel de Cervantes así nuestra nación como las extrañas pues como á milagro desean ver el autor de libros que con general aplauso, así por su decoro y decencia como por la suavidad y blandura de sus discursos, han recibido España, Francia, Italia, Alemania y Flandes. Certifico con verdad que en veinte y cinco de Febrero deste año de seiscientos y quince, habiendo ido el Ilustrísimo Sr. D. Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal, arzobispo de Toledo, mi señor, á pagar la visita que á Su Ilustrísima hizo el embajador de Francia, que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus príncipes y los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al embajador, tan corteses como

entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mi y á otros capellanes del cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más válidos; y tocando acaso en este que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimación en que así en Francia como en los reinos sus confinantes se tenían sus obras: la *Galatea*, que algunos dellos tienen casi de memoria, la *Primera Parte* desta, y las *Novelas*. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofreci llevarles que viesen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre: á que uno respondió estas formales palabras: «Pues á tal hombre ¿no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público?» «Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo: «Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.» Bien creo que está para censura un poco larga: alguno dirá que toca los límites del lisonjero elogio «más la verdad de lo que cortamente digo deshace en el crítico la sospecha, y en mi el cuidado: además, que el día de hoy no se lisonjea á quien no tiene con que cebar el pico del adulator, que, aunque afectuosa y falsamen-



te dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid á veinte y siete de Febrero de mil seiscientos y quince.—*El licenciado, Márquez Torres.*»

---

Las curiosidades que encierra esta aprobación y su excepcional importancia nos han impulsado á copiarla íntegra, ya que nada hay en ella que huelgue. Además, la justa notoriedad del Licenciado Márquez Torres, como teólogo y literato, dan á su veredicto una autoridad indiscutible que constituye y puede citarse como valioso testimonio.

Siguieron á las anteriores aprobaciones, la del Licenciado D. Domingo Abad y Huerta, que, por comisión del vicario general de Valencia, la dió, en esta ciudad á 27 de Enero de 1616.

La del Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona, dada en latín en 1617.

Las expedidas, por delegación del Consejo de Lisboa, en 12, 22 y 25 de Agosto y 10 de Septiembre de 1616.

En iguales ó parecidos términos á los empleados por el Sr. Márquez Torres, se expresan los Religiosos que por orden del vicario de Madrid examinaron varias de las novelas ejemplares publicadas por Cervantes, siendo los juicios de los Religiosos Trinitarios Juan Bautista y Fray

Diego Ortigosa, altamente plausibles para el autor de tales obras.

El ingenioso escritor Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo en la aprobación que dió de las *Novelas Ejemplares* por orden del Consejo de Aragón, dijo: «que era libro de honestísimo entretenimiento .... y no solo no hallaba en él cosa escrita en ofensa de la religión cristiana y perjuicio de las buenas costumbres, sino que antes bien confirmaba el dueño de esta obra la justa estimación que en España y fuera de ella se hacia de su claro ingenio, singular en la invención y copioso en el lenguaje, que con lo uno y lo otro enseña y admira, dejando de esta vez concluidos con la abundancia de sus palabras á los que siendo émulos de la lengua española, la culpan de corta y niegan su fertilidad.»

Con esta licencia del supremo consejo de Aragón se comenzó la impresión de las novelas ejemplares en 1613, habiendo merecido que los Arzobispos de Zaragoza y Valencia, el Obispo de Pamplona y otras autoridades eclesiásticas de dentro y fuera de España alabasen y aplaudiesen en sus censuras las obras cervantinas, considerando á su autor como á uno de los paladines de la moral y del buen gusto literario.

Réstanos para concluir dejar consignado un testimonio más que acredita, á la par que el respeto y la veneración que tuvo Cervantes á las creencias religiosas y á las personas revestidas de carácter sacerdotal, los sentimientos de pro-

funda gratitud que se mantuvieron perennes en su corazón durante toda su vida, para con aquellos que tanto trabajaron en librarle de los tormentos del cautiverio, haciéndole recobrar uno de los mas preciados derechos del hombre, el de la libertad.

El testimonio á que nos referimos, lo hallamos en un pasaje de su novela *La Española Inglesa*, cuyo protagonista Ricaredo, se expresa del siguiente modo: «*Trujéronnos á Argel, donde hallé que estaban rescatando los Padres de la Santísima Trinidad: hablélos; dijeles quién era, y movidos de caridad me rescataron, en esta forma: que dieron por mí trescientos ducados, los ciento luego, y los doscientos cuando volviese el bajel de la limosna á rescatar al Padre de la Redención, que se quedaba en Argel, empeñado en cuatro mil ducados, que había gastado más de los que traía; porque á toda esta misericordia y liberalidad se extiende la caridad destos Padres, que dan su libertad por la ajena, y se quedan cautivos por rescatar los cautivos.*

¡Recuerdo hermoso—dice un reputado literato—, digno de ser trasmitido de gente en gente, tanto para honra del grande escritor que le consigna, como para perpétuo lauro del piadoso instituto y generosos varones á quienes se consagra!»

Un volúmen y varios llenaríamos, acotando de las obras cervantinas enseñanzas acordes todas con la doctrina católica. La inagotable facundia



de Miguel de Cervantes no se separa jamás de la inspiración ardiente de sus piadosas creencias: los colores de su incomparable y prodigioso estilo prestan relieve extraordinario al ideal del bien y de la virtud, con los cuales recorre triunfante, desde el principio hasta el fin, las asperezas que se ofrecen en su obra inmortal, superadas por él con las energías de su peregrino ingenio, sin que las vacilaciones ni desmayos aparezcan en las culminantes situaciones en que su notoria habilidad y maestría, colocan á los populares personajes que intervienen en tan maravillosa fábula, reputada por el ilustre polígrafo señor Menéndez y Pelayo como «el mejor modelo de la novela realista moderna.»

Cervantes, que por sus correrías en cuarteles y campamentos pudo tener sus travesuras y malandanzas, muéstrase pulquérrimo en sus escritos, no dando cabida en sus obras mas que á lo realmente bello y á lo estrictamente moral, relegando al desprecio y al más profundo olvido lo torpe, lo feo y el descarnado *naturalismo*, que, en ocasión alguna, mancha las sentidas páginas de su admirable prosa estética. Las licencias del lenguaje no se truecan en libertades, en tales manos, y fuera de ciertas frases malsonantes, hoy en completo desuso, (pero muy en boga en la época en que se escribió) nadie puede tildar como grosero é indecoroso al mas insignificante de sus monosílabos.

Se ocupó directamente ó por incidencias, de

cuanto atañía á las clases sociales de su tiempo, y su sátira alcanzó por igual á seculares y religiosos, como seres sujetos á parecidas miserias y debilidades—, si bien, lejos de denostar y menospreciar á estos últimos, trátalos con el respeto que sus títulos y significación les conceden, acreditando en todas ocasiones, que, como español castizo del siglo XVI, y como protegido de una de las más altas dignidades eclesiásticas, del Excmo. é Ilmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Bernardo Sandoval y Rojas, fué, en el trascurso de su vida, hijo amante y sumiso de las enseñanzas de la Iglesia.

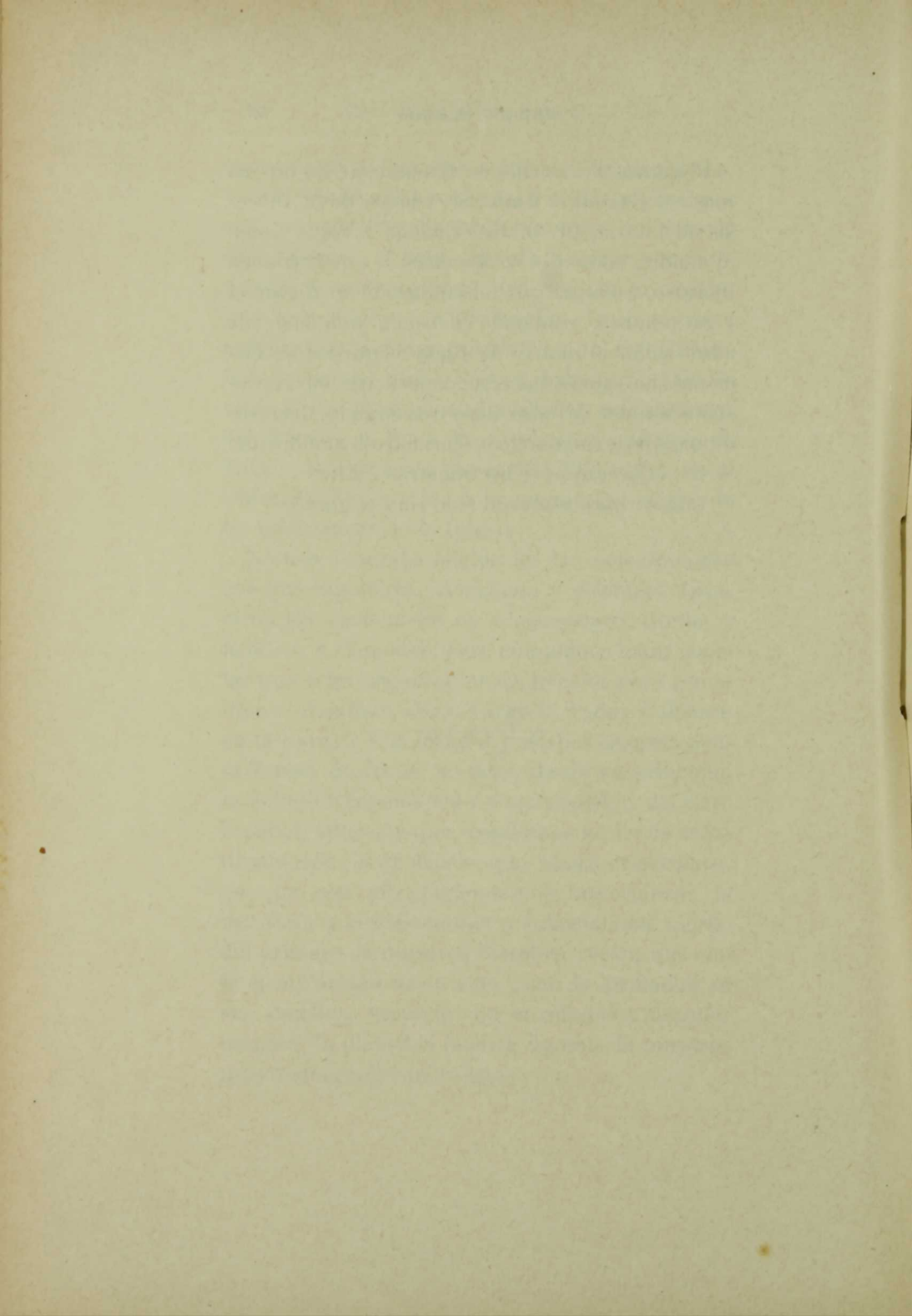
No nos incumbe hablar de las solemnidades con que Inglaterra, Alemania y Portugal festejaron los centenarios de Shakespeare, Goethe y Schiller, y Camoens; pero cúmplenos hacer constar que á las organizadas en España para rememorar al eximio dramaturgo D. Pedro Calderón de la Barca y á la insigne y mística Doctora Santa Teresa de Jesús, no faltó, desde su principio, la adhesión espontánea del episcopado y del clero español, adhesión que, confiamos no ha de escatimarse en la apoteosis que ahora celebramos, ya que con ella pretendamos immortalizar la memoria y el indiscutible y sobresaliente mérito del primero de nuestros literatos, varón, que con la ejemplaridad de su vida y con la brillantez de sus escritos, secundó, de envidiable y singular manera, la plausible función docente de nuestros más distinguidos moralistas.

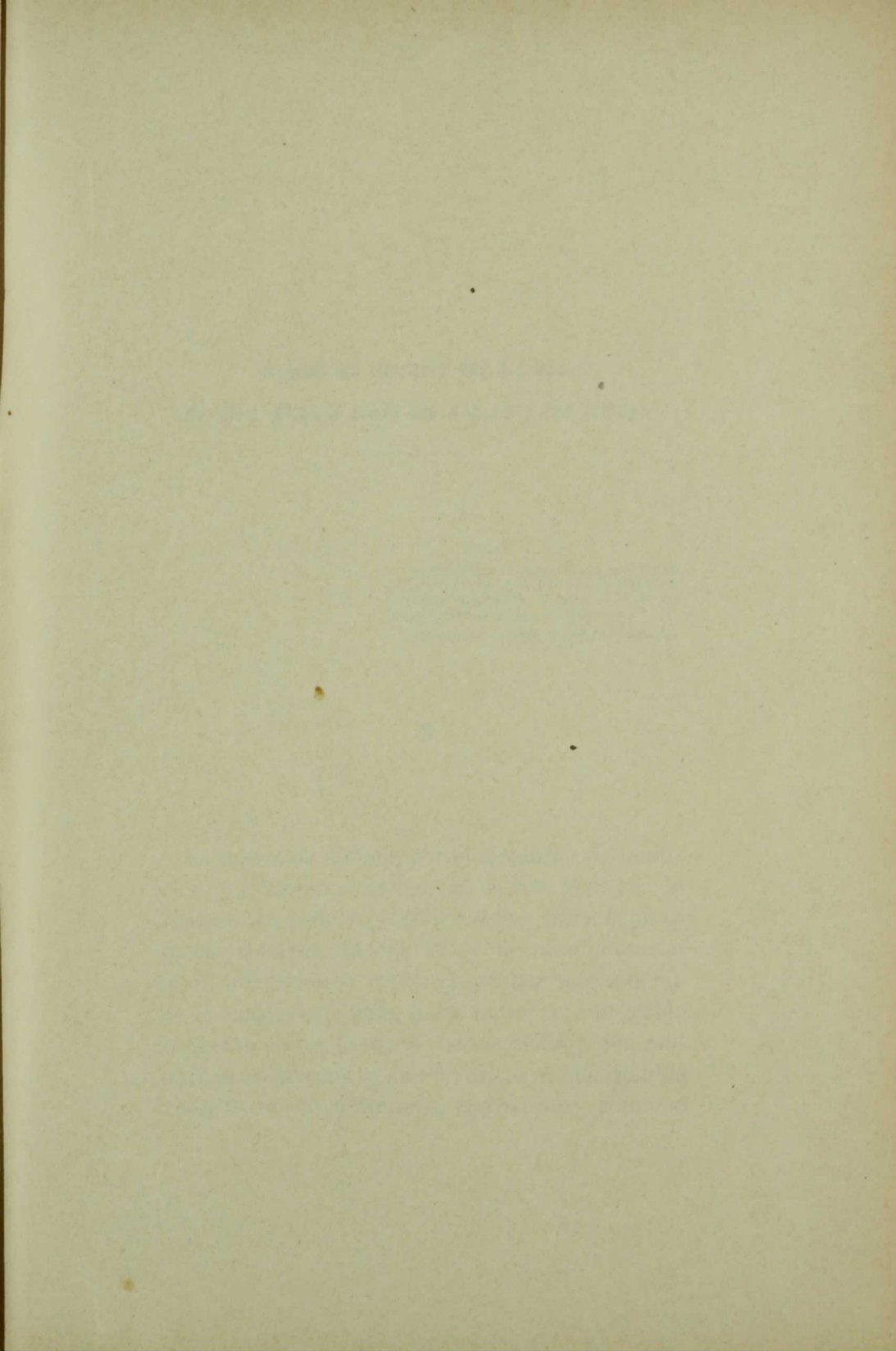
Plácemes sin cuento se tributarán, de hoy en más, al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Vitoria, Dr. D. José Cadena y Eleta, quien al acudir, como nuevo Mecenas, á este certamen literario, á la par que ha enaltecido su dignidad y su nombre, rindiendo delicado homenaje de admiración al motivo de nuestro entusiasmo nacional, ha sabido hacerse copartícipe, en representación del virtuoso clero vascongado, del testimonio que legamos á la posteridad afirmando que:

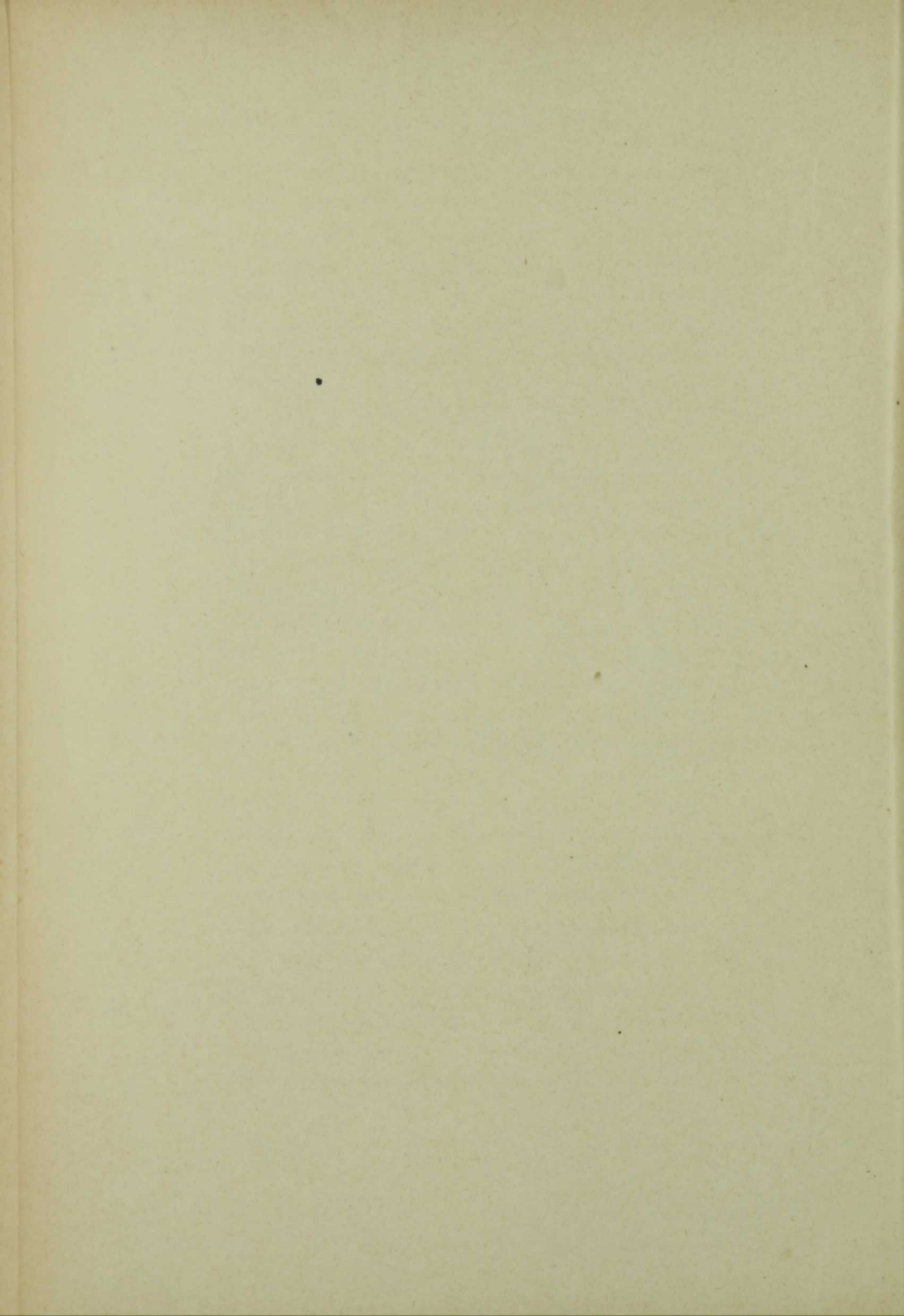
«Cervantes vivirá mientras exista  
de su libro inmortal solo una página.»

---











**«Análisis literario del discurso  
de Don Quijote sobre las armas y las letras»**

---

LEMA:

*«Dos caminos hay, hijas, por donde  
pueden ir los hombres a llegar a ser  
ricos y honrados, el uno es el de las  
letras, otro el de las armas».*

*El Quijote. (Parte Segunda, cap. VI).*

I

La iniciativa tomada por el Gobierno de la nación, y especialmente por el Señor Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, para conmemorar el tercer Centenario de la obra inmortal que consideramos como el primer monumento de la lengua española, hace honor al innegable progreso de los tiempos. Desconocieron los monarcas austriacos y sus favoritos el inextimable valor de tal joya literaria, enfrascados, como se

hallaron en multiplicar los azarosos y encontrados acontecimientos que sirvieron de gérmen á nuestra postración y decadencia, y sin la fundación de la Real Academia Española, debida al primer Borbón, y hecha para fijar y purificar la lengua patria, á la sazón desnaturalizada por la ignorancia y el mal gusto, es más que probable que *Don Quijote de la Mancha*, apenas si hubiera tenido, entre nosotros, mayor resonancia de la que justamente alcanzaron, en su época, la picaresca *Celestina*, ó el donoso *Guzman de Alfarache*.

Perdida la cultura literaria de los siglos XVI y XVII, entronizado el amaneramiento, y deshecha la perfección filológica que heredamos de los Garcilasos y Herreras, y de los Granadas y Cervantes, la producción literaria disminuyó notablemente en número y en importancia, amortiguándose, al propio tiempo, la afición á la lectura, ya que las ideas, preocupaciones y gustos de los españoles del siglo XVIII, distáran mucho de las costumbres, adelantos y aun extravagancias que caracterizaron al llamado siglo de oro de nuestra literatura nacional.

Acallados los ecos magestuosos de Lope y de Calderon, de Alarcón y de Moreto, la vida de la dramaturgia se deslizó lánguida y perezosa al par de nuestra primorosa novela, y al eclipsarse en tal periodo, el espíritu galanteador y pundonoroso que immortalizaron las comedias de capa y espada y los libros de *Caballeria*, convendren-

mos en que el más famoso de estos, el *Don Quijote de la Mancha*, corrió, no obstante su indiscutible mérito, suerte igual, siendo conocido de muy pocos—y esto por juicios sueltos y referencias aisladas—, mejor que por las excelencias de su texto docente y sin rival. Cúpole, á obra tan incomparable, no sé si la desgracia ó la dicha de hallarse incluida en la verídica sentencia de un moderno escritor transpirenáico (Anatole France), quien afirma que «las obras que todo el mundo admira son las que nadie estudia», y aunque nos sea doloroso el confesar que no es nuestra patria aquella en que más y mejor se conoce á *El Ingenioso Hidalgo*, ha de servirnos de legítima satisfacción el consignar que, en la hermosa y entusiasta labor de restablecer definitivamente la inmortalidad de la gloria del *Quijote* y de su excelso autor Miguel de Cervantes, deben señalarse, además del valioso concurso que á su universalidad prestaron distinguidas y eruditísimas ilustraciones extranjeras, dos épocas, dos momentos solemnes, que han sabido consolidar para lo futuro, y de modo inmarcesible, la magestuosa grandeza de esta obra literaria.

Es el primero de estos momentos, el año de 1780, fecha en la que apareció la edición monumental del *Quijote*, hecha por la Real Academia Española, suceso que contribuyó con su feliz iniciativa á difundir su lectura y á procurar más extensos horizontes al conocimiento de las máximas, reflexiones, moralidades y agudezas de que



materialmente se halla cuajado libro tan estu-  
pendo, y á la edición que citamos, así como á  
las sucesivas que aficionados y estudiosos pu-  
blicaron en justo homenaje y merecida pleitesia  
al más peregrino de nuestros ingenios, débense  
la buena fama y popularidad que *Don Quijote* y  
su autor disfrutaron en la última centuria apelli-  
dada de las luces.

Sin embargo, Cervantes y su obra merecían  
más, mucho más; lo pregonaban á voz en grito  
los extraños á nuestra literatura, dedicándole es-  
meradas ediciones y atildados estudios que  
agrandaban de día en día la gigantesca figura de  
tan eximio novelista, desbordándola por todos  
los ámbitos de los países cultos y haciéndole  
acreedor á rango especial, preeminente, que solo  
es dable alcanzar—como dijo el poeta—á los que  
consiguen elevarse

«de la inmortalidad al alto asiento»

y Cervantes poeta, literato, filósofo y sabio, inun-  
dándolo todo con el perfume de sus producciones  
magistrales, ha merecido que la posteridad le  
aclame sin discusión, tributándole loores que, ni  
en su pátria ni fuera de ella, consiguieron genios  
tan sobresalientes como el Dante, Milton y Ca-  
moens.

Así lo han reconocido altos y bajos, grandes y  
pequeños, cuantos se dedican al cultivo de las  
Bellas Letras, y aparte el mérito contraído por la  
genial inventiva de un periodista sagaz y oportu-

nísimo, (1) el Gobierno de la nación, ha hecho perfectamente en disponer esta insólita apoteosis que en la actualidad contemplamos, la que, de hoy en más, elevará el nombre de España representado en uno de sus mas preclaros y predilectos hijos.

Cervantes, con el sólido pedestal de su apellido, apenas si tenía contadas lápidas y menguada estatua, y es necesario que su efigie y su nombre se graben y esculpan para que en las calles y en las plazas de nuestras poblaciones se venere á todas horas, y siempre, la memoria del Príncipe de nuestros ingenios. Los precedentes de días no remotos así lo exigen, las aspiraciones constantes del pueblo español así lo demandan. Si nuestros conciudadanos de los siglos XVII y XVIII, no supieron honrar en vida á los génios de nuestra literatura nacional, el siglo XIX, con la coronación de los poetas Quintana y Zorrilla, enmendó esa tradicional apatía, preparando con los homenajes tributados á los escogidos hijos de Apolo, los materiales suficientes para renovar en la ilustre personalidad de D. José Echegaray, esa clase de fiestas que tan deleitosas remembranzas nos dejan al reconocer que la Europa entera y el mundo todo se asocian á proclamar y sostener nuestra virtualidad científica, literaria y artística.

Estamos, pues, en la etapa más solemne y en la plenitud de la más incomparable fiesta, cuya popularidad, testimoniada por infinitos certámenes y torneos literarios, dará seguramente, el re-

(1) D. Mariano de Cavia. V. *El Imparcial* 2 Diciembre de 1903.

sultado que sus iniciadores se han propuesto, esto es, vulgarizar *El Quijote*, lo mismo entre las masas intelectuales que entre las analfabetas, haciendo intervenir en nuestra idiosincrasia nacional mucho de lo bueno que supo desperdigar Cervantes en su *Ingenioso Hidalgo* y en sus *Novelas Ejemplares*.

Y en esta plausible y simpática tarea de cooperar á difundir las informaciones quijotescas, y de procurar á todo trance que la lectura del *Quijote* sea un hecho usual y corriente, no podía faltar el Ateneo científico, artístico y literario de Vitoria, cuyo abolengo y brillante historia, vá íntimamente unido y asociado á todas las manifestaciones del progreso y de la ilustración.

Ni torpe, ni rehacia, la dignísima Junta directiva —atenta á la calidad de las personas que la constituyen—, ha sabido hermanar con singular acierto, las nobles aspiraciones de unos y otros, escogiendo entre numerosos, un tema que refleja, en común sentir, sus respectivos ideales, y que ofrece, como justo tributo de admiración, á la memoria de aquel que habiendo conquistado con la pluma, la envidiada y para él delirante inmortalidad, cúpole la suerte de combatir con arrojo heroico en Lepanto;

«Donde, con alta de soldados gloria  
y con propio valor y airado pecho  
tuve, aunque humilde, parte en la victoria»,

[*Viage al Parnaso*].



## II

Poco hace y menos importa el saber si Miguel de Cervantes Saavedra, cursó ó nó en las aulas de la Univervidad salmantina; si es cierto ó nó, el que sus émulos y envidiosos le denominaran *ingenio lego* porque no habia *arrastrado bayetas, ni pisado las losas de la Universidad*; todos sabemos que su inclinación á las letras fué tal, que le impulsaba, siendo apenas púber, á recoger, para leerlos, cuantos papeles encontraba en calles y plazas, aunque estuvieran sucios, rotos y maltrechos, é interesa hacer constar que si fué amigo diligentísimo de *Bártulo y Baldo*, no lo fué menos del *baldeón y rodancho*, ó sea de las armas, según en dialecto gitano se apellidaba á la espada y la rodela; aficiones, entrambas, que en el curso de la vida le hicieron recorrer toda suerte de gerarquías llegando en esta última á adquirir los inextimables lauros de héroe y aun de mártir, que justamente le conceden Lepanto y Argel, sin menoscabo de alcanzar, en

las letras, el glorioso dictado de «Príncipe de nuestros ingenios».

Quien tal se mostró en sus mocedades, compartiendo con Marte y con Apolo, junto á soñadas glorias, los azares y sobresaltos de la guerra, y la pobreza y forzados ayunos que rigurosamente acompañan á los literatos eximios, no podía olvidarse en el trascurso de su obra inmortal é imperecedera, de consagrar respetuoso homenaje y veneranda remembranza á las ingénitas tendencias que—á guisa de ocultos móviles—empujaron suavemente su alma, su imaginación y su cerebro, en torno de estas predilectas manifestaciones de su actividad intelectual y aún moral.

Salpicada de pedrería literaria hállase la obra por excelencia de Cervantes, y en la mayor parte de los capítulos que separan al andante caballero de los coloquios y descripciones amorosas, no faltan alusiones, máximas, diálogos y aun discursos, en que aparece la vida militar con su obligado cortejo de triunfos y penalidades, victorias y derrotas, ociosidades y trabajos. No puede sustraerse el *manco de Lepanto* y el *cautivo de Argel*, á la influencia de aquella época azarosa en que gastó la flor de su vida, y en la que germinaron en su ánimo tan nobles como encontrados sentimientos, y aunque su espíritu se recrease á todas horas en la emoción estética que le producirían sus trabajos literarios, confesión suya es la siguiente: «Yo tengo mas armas que

letras, y nací, según me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte, así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo, y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena y la razón pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber, como sé los innumerables trabajos, que son anejos á la andante caballería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella: y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso, y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto y trabajoso acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin: y sé como dice el gran poeta Castellano nuestro, que

«Por estas asperezas se camina  
de la inmortalidad al alto asiento  
do nunca arriba quien de allí declina»

(P. 2.<sup>a</sup> cap. VI)

Si *El Quijote* no es la autobiografía de Cervantes, como algunos suponen, nadie nos negará que él supo inspirar y animar á su héroe á través de sus pensamientos y aventuras, y en tal sentido, admitiremos la precedente reflexión de Don Quijote, como un buen dato para esbozar el análisis literario que exige el tema 5.<sup>o</sup> formulado por el Ateneo de Vitoria, á cuantos por afición y recreo



aspiren al premio ofrecido por tan docta corporación.

El discurso de Don Quijote sobre las «Armas y las Letras», parece á primera vista—y tal es nuestra opinión—que no tiene otro alcance más que el referente á exponer la calidad y preeminencia de tan honrosas profesiones. Bien claro lo dice Don Quijote en la conferencia que tuvo con su ama y sobrina, al disponerse, por tercera vez, á reanudar las singulares aventuras de la mal andante caballería: «Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres á llegar á ser ricos y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas» (Parte II. cap. VI).

Esta doble obsesión, expuesta de tan discretísima manera, lo mismo en la relación citada que en el razonamiento que constituye el tema asunto de este trabajo, no es la obra de un loco, cuya manía continua y desprovista de intervalos lúcidos sería fastidiosa é intolerable; es, por el contrario, efecto de su racionalidad y buen sentir, que sirve, á la par que para la demostración de su aserto, de fuente de conocimiento para apreciar las costumbres y aspiraciones de nuestros clásicos y típicos escolares del siglo XVI, así como para tener cabal idea del mérito indiscutible de nuestros heroicos soldados de igual época, según acertadamente supone el más reputado de nuestros escritores militares, el Sr. Barado, quien, con motivo de lo que apuntamos, dice: «No basta hojear las historias y los libros didácticos para estudiar con en-

tera exactitud á nuestro soldado de infantería del siglo XVI. Es importante, es esencial también, espigar en el campo de la novela y de la literatura dramática, sobre todo de la novela picaresca, en la que no escasean por cierto los tipos de aquellos soldados bizarros y maleantes. Y echárase muy pronto de ver el singularísimo contraste que con todos los defectos de raza y educación, ofrecía el individuo comparado con el Tercio, *esa unidad admirable en la que se amalgamaban y descomponían todas las virtudes y todos los malos humores de nuestro pueblo*».

Todas las virtudes y todos los malos humores de España—dice el Sr. Barado—, se concentraban en aquellos famosos tercios que immortalizaron su nombre peleando, en apartadas regiones, por su religión y por su patria, y como el autor de *El Quijote*, suspirando desde muy joven por la gloria y la inmortalidad, formó parte de aquellos soldados viejos que según declaración del propio D. Juan de Austria, «*hacían temblar la tierra con sus mosquetes*», es indudable que entre el fragor de los combates, los recuerdos de la clase de gramática y *composición*, con el maestro López de Hoyos, y el de los duros bancos de la Universidad alcalareña, Cervantes, olvidándose de los malos humores y aún de los padecimientos que tanto y tan continuamente le abrumaron desde su voluntaria expatriación, reflejó, en su hermoso discurso de las Letras y las Armas,

todas las virtudes y grandezas de la patria, condensadas en aquella dorada juventud que pobló las aulas de nuestras clásicas Universidades ó selló con su sangre y sus hazañas el apogeo de los portentosos hechos que dieron á España un lustre y un renombre que no ha sabido ó no ha podido conservar.

Aquél bizarro soldado que después de lisiado y maltrecho, tras seis años de excelentes y heroicos servicios, apenas si mereció otra recompensa que el miserable aumento de tres escudos en su paga y la promesa de una capitania que jamás le concedieron, tuvo que sufrir—cuando el cielo sonriente y el suelo exuberante de la patria se le ofrecían en risueña perspectiva—*el mayor mal que puede venir á los hombres*, el cautiverio, que llegó á torturar su alma, templada hasta entonces por la entereza del más indomable valor. Cinco años y medio de padecimientos inenarrables, arrastrando grilletes y cadenas cuyo áspero chirriar debía recordarle á todas horas la pérdida de su libertad, y la amenaza continua que pendía sobre su vida, no bastaron para entibiar su fe de soldado y su amor al campamento: y cuando merced á los sacrificios de su familia, á los donativos de algún particular y á los esfuerzos de los Padres de la Santísima Trinidad, recobró el don mas preciado del hombre, y se vió de regreso en la corte sin otro bagaje que las cicatrices de sus gloriosas heridas, el acerbo recuerdo de sus desgracias inauditas y la triste secuela de sus



méritos olvidados y nunca galardonados, volvió á empuñar las armas, en defensa del esplendor de su patria, y en calidad de simple y humildísimo soldado. ¡Qué grandeza de alma!

Nuevos países, nuevos hombres y nuevas costumbres, refrescan la imaginación lozana de tan ilustre pensador, dotándola de mas ámplios horizontes, y, sin desatender los severos deberes que la Ordenanza le reclama, absorto, á diario, en el cultivo de las letras, comienzan á brotar los sazonzados frutos de su ingenio ya en Argel, ya en Portugal, publicando. «*Los seis libros de la Galatea*,» poco después de su segundo regreso á España, donde colgó para siempre—como dice uno de sus biógrafos—aquella espada que le había dado «honra muchísima, trabajos infinitos y provecho ninguno»

¿Cómo había de olvidar Cervantes los multiplicados sinsabores de su vida militar pasados en la flor de su errabunda juventud? ¿Iba á sentirse ingrato con sus camaradas y con sus banderas por la pésima suerte que le cupo en el resultado de sus campañas? Todo lo contrario, «ninguna coyuntura, dice el Sr. Morán, dejó pasar Cervantes, en los diversos libros que compuso, sin dedicar algun recuerdo, ya al cariño, ya á la gratitud, ya á la admiración respetuosa que le merecieron sus amigos, sus protectores y los hombres eminentes en letras ó en armas de su época». Sus proezas de Lepanto, sus bazarrias de Italia y Portugal y sus dolores y sacrificios de

Argel, le obligan, bien de su grado, á consignar en su magistral *Quijote*, la liberalidad innata de los soldados españoles, lectura agradabilísima que hicieron ayer y harán mañana con entusiasmo cuantos se sientan con vocación para abrazar la noble carrera de las armas.

He aquí como hace hablar Cervantes al capitán cautivo de Lepanto, Rui Pérez de Viedma: «La condición que mi padre tenía de ser liberal y gastador le procedió de haber sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo: y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos que se ven raras veces.» (Parte I, cap. XL)

«No hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra: ninguno salió de estudiante para soldado, que no lo fuese por extremo; porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio, y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con que Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece.»

No existían en el siglo XVI—al menos tan bien organizadas como ahora—, esos semilleros de oficiales que se conocen con el nombre de Academias militares, en las cuales, la juventud estudiosa simultánea con las doctrinas de la técnica militar las virtudes que informan el corazón y el carácter del soldado, y si Cervantes alude, como parece, á los soldados que proceden de la clase

de estudiantes de carreras civiles, y con ellos «Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece», calcúlese qué se le hubiera ocurrido al mas ingenioso de nuestros escritores al enunciar las ventajas de la oficialidad de ahora que, al justificar por su origen, la unidad de procedencia, aporta, con su educación teórico-práctica, el más poderoso resorte para unir con éxito la ilustración y la destreza

Cervantes, ademas, hace decir á su héroe en la Segunda Parte, cap. XXIV: «No hay otra cosa en la tierra mas honrada ni de más provecho que servir á Dios primeramente y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, á lo menos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas, á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos.»

Y prosigue como presintiendo el mayor alcance de éste género de enseñanzas: «el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga. ... Las heridas que muestra en el rostro, y en los pechos, estrellas son que guian á los demás al cielo de la honra y al de desear la justa alubanza..... Aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podian venir, que el peor de todos es la muerte; y como esta sea buena el



mejor de todos es el morir. Preguntaron á Julio Cesar, aquel valeroso emperador romano ¿cuál era la mejor muerte? Respondió que la impen-sada, la de repente y no prevista; y aunque respondió como gentil, y ageno del conocimiento del verdadero Dios, con tolo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano: que puesto caso que os maten á la primera facción y refriega ó ya de un tiro de artilleria, ó ya volando de una mina, ¿qué importa? todo es morir y acabóse la obra.... Y tanto alcánza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandarle pueden. Y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algalia: y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas, y estro-peado ó cojo, á lo menos no os podrá coger sin honra, y tal, que no os la podrá menoscabar la pobreza.»

Dejan percibir los párrafos expuestos cierto ambiente saturado de moral social, que eleva y dignifica la seriedad de estos consejos dedicados á los que practican la carrera militar. Vemos en ellos, aunque incompleto, una especie de Código del honor, cuyas reflexiones encierran mayor alcance y tienen más filosofía que otras empleadas por distinguidos tratadistas de esta materia. El patriotismo se desborda por la pluma de Cervantes, y esta virtud de suyo relevante, á la vez que acrece las simpatias del autor, dá mayor relieve al interés de todas sus obras. Asi

se explica el que Cervantes que escribió para España sea leído con igual entusiasmo en el resto de Europa y del mundo. Tanto ó más que *El Quijote*, creemos que le envanecieron las heridas de Lepanto, adquiridas según él, «*en la ocasión mas alta que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros*», de las que dijo cuarenta y cuatro años después de recibirlas, dirigiéndose al miserable y apócrifo Avellaneda: «Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron... y esto es en mí de manera que, si me facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella.» Hermosa y valiente exclamación que adjudica á Cervantes mejor que á otros, el dicho sentencioso del escritor militar francés, Mr. Guibert; «*Le delire d'un citoyen, qui rêve au bonheur de sa patrie, a quelque chose de respectable.*»

Con igual calor, con igual entusiasmo del que emplea para cantar las vicisitudes y sinsabores del soldado, así describe la condición estudiantil, recordando las peripecias propias y las de sus compañeros, ya en las clases de D. Francisco del Bayo ó de Lopez de Hoyos, muy similares á la de los patios y claustros de la Universidad de Alcalá, ya revelada en la pobreza que obliga «á dar pantalia á los zapatos, y á que los botones de las ropillas sean unos de seda, otros de cerda, y otros

de vidrio, y á que los cuellos sean escarolados y no abiertos con molde», y reflejando en las fatigas y apuros del estudiante *sopista* su misera situación que no le priva de envanecerse con el título de trabajadores del espíritu,» obreros intelectuales que diríamos hoy, título que antepone al más rimbombante, considerándole como á futuro jalón de su engrandecimiento, y que le incita á mirar con menosprecio á los ganapanes que todo lo fían al ejercicio corporal.

Y así descritos estudiantes y soldados, representantes genuinos de las letras y las armas, cuando parece existir entre ellos un principio de armonía y hasta comunes aspiraciones hacia un fin primordial, ocurresele á Don Quijote explotar artísticamente la ley del contraste, y exclama con gradilocuencia inimitable: «Quiténseme delante los que digeren que las letras hacen ventaja á las armas: que les diré, y sean quienes fueren; que no saben lo que dicen.» (Tomo I. Cuarta Parte. Cap. XXXIX).

He aquí el comienzo de tan singular razonamiento, que, en sus primeras líneas, ofrece las primicias de un paralelismo gradual y progresivo, que induce á reflexiones tan profundas como elevados son los términos de las comparaciones que á Don Quijote afluyen á medida que hilvana y plantea el desarrollo de tan curioso como discretísimo discurso. Los trabajos del espíritu y los trabajos del cuerpo deben conocerse por su fin y paradero, siendo término de los primeros la «jus-



ticia», representada en el conocido precepto del derecho «*suum cuique tribuere*», y de los segundos «la paz», que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida».

La paz y la justicia son los ideales de todos los hombres y de todos los tiempos; ambas son virtudes de inapreciable valor que han sido cantadas en todos los tonos, especialmente por los pueblos sometidos al imperio de la ignorancia y del despotismo ó por los que desgarrados por la lucha y casi aniquilados por la guerra, buscan en aquellos el consuelo y lenitivos necesarios á su tranquilidad y bienestar. Cervantes, eximio pensador, no solo no se olvida de ellas, sino que las coloca en lugar preferente, concediendo á la paz el alcance de un atributo divino, y entonando en su honor un delicado himno al simbolo de la tranquilidad pública y de la quietud de los reinos y repúblicas.

La enumeración de los trabajos que asedian al estudiante y al soldado en la penosa cuesta que les ha de conducir á la cima de sus propósitos y aspiraciones, recuerda el «*sudavit et alsit*» horaciano, y como narración, es una maravilla y un verdadero prodigio de arte literario. Tomar como punto de partida á la pobreza, después de afirmar que «el pobre no tiene cosa buena», es testificar con la propia experiencia del autor, algo y mucho de cuanto debió sucederle y pudo observar en las aventuras de sus mocedades, tanto en la vida escolar como en la de cuarteles y campa-

mentos. La descripción del estudiante hambriento y desnudo tiene como compensación á su penuria el «andar á la sopa y en busca de brasero y dormir debajo de cubierta»; la enumeración de «la falta de camisas y no sobra de zapatos», es una de tantas filigranas de la floresta retórica que á cada momento se le ocurren á quien sabe presentar gracias y donaires con la mayor naturalidad; y la pintura del soldado «atenido á la miseria de su incierta paga y de lo que *garbeare*» es digna de aquél admirable pincel que, con singular gracejo, retrató las costumbres sociales de los españoles en parte de los siglos XVI y XVII.

Párrafo aparte merecen la borla del escolar y la borla del soldado». El doctorado *in utroque* del primero, permite ver entre los filamentos blanco y rojo de los flecos del birrete, al reposado teólogo ó al elevado jurisconsulto, «trocada su hambre en artura y su desnudez en galas», mientras que las vendas y apósitos que *doctoran* en la refriega al sufrido soldado, apenas si dejan entrever otro camino que el del cementerio ó el hospital, según sea la importancia de la descalabratura recibida, y si sobrevive se halla en potencia de ser nuevamente lisiado y de no medrar en su carrera, si el factor de la suerte no le empuja por la favorable senda de los premios y de las distinciones. Para el escolar, el *desideratum* de las aulas no era otro que el *nemine discrepante* con que podían saludarle y despedirle sus jueces al conferirle el ambicionado título de Licenciado ó de

Doctor: para el soldado queda siempre la honrosa emulación de la gloria y de la inmortalidad adquirida, con desprecio de la vida, en el heroico bregar. El primero trabaja cuando quiere y descansa cuando le viene en gana: el segundo, atento á la voz de sus jefes, abandona su involuntaria molicie, y predispone su cuerpo á la lucha sin reflexionar acerca de los mayores ó menores peligros que le asedien: el estudiante, con perseverancia y voluntad alcanza holgada posición en la mayoría de los casos; el soldado, exponiendo su vida en multiplicadas ocasiones, si la salva, hállese á merced de su buena estrella, mejor que de sus esfuerzos y méritos, para adquirir notoriedad y renombre.

Porque, «¿quán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella?», exclama el loco (?) Don Quijote, con una sencillez que contrasta con la admiración que dicho interrogante produce en cuantos se disponen á contestar á pregunta tan inocente, y perplejos y desconfiados, tienen que confesar que no hallan respuesta satisfactoria capaz de adaptarse á la profundidad y maestría con que aquella se expone. ¿Es fácil explicar lo que ocurre en la sombra? ¿Quién conoce, por ejemplo, el número y los nombres de los soldados muertos en aquella homérica lucha que se inició en Covadonga y terminó en las almenas granadinas? ¿Quién es capaz de asignar entre esos muertos los nombres de los que se excedieron en el cumplimiento de su deber,



y que, por efecto de sus actos arrojados y heróicos «subieron á las nubes, *sin alas*, ó bajaron al profundo, *sin voluntad*? Aquí del «pauci electi, vocati sunt multi», ya que de los muertos no se pueda decir que fueron elegidos para gozar de las recompensas terrenas, á no ser que en su obsequio recordáramos el «dulce et decorum est mori pro patria», aforismo con que no llegaríamos ni mucho menos, á la altura á que se remonta Don Quijote al consignar que «los muertos no pueden reducirse á cuenta: y los premiados vivos se pueden contar con tres letras de guarismo», testimonio de que las propuestas de gracias no se prodigaban en los tiempos de nuestros más acreditados capitanes y de los soldados más esforzados del mundo.

Y en la gradación que se observa en el discreto razonamiento sobre las «armas y las letras», transpone Don Quijote los límites de la belleza literaria y asciende á las regiones de la sublimidad, donde le es forzoso hacer alto, confesando que la solución de la preeminencia de las letras sobre las armas, ó viceversa, es «laberinto de muy difícil salida», más, á su condición de arriesgado caballero andante, nada le detiene, y escuchado con los resortes de su peregrina y portentosa imaginación, se dispone á pronunciar su veredicto, atendiendo á las naturales pretensiones de unas y otras. Quieren las letras, para sí, servir de sustentáculo á las armas, ya que la guerra se halle sujeta á las prescripciones del derecho in-

ternacional público y aún de la moral, al paso que las armas pretenden con su «*si vis pacem para bellum*», y aun con los resultados obtenidos por la fuerza y la conquista, ser el amparo y protección de las leyes «defendiendo las repúblicas, conservando los reinos, guardando las ciudades, asegurando los caminos y despojando los mares de corsarios», y en tan difícil y reñida contienda, Don Quijote aconseja la discrección y detenido exámen para proceder con acierto, indagando cual sea lo que más cueste para estimarlo con preferencia á cuanto resulte de menos valer.

Y, al lado «de las vigiliass y desnudeces, de los vaguidos de cabeza é indigestiones de estómago», que pueden ofrecer como sacrificios los hombres eminentes en letras, coloca las raras cualidades que deben adornar á un buen soldado, adquiridas las más en la práctica de su peligrosa y arriesgada profesión, y que no resisten comparación con las aducidas por cuantos se dedican á las carreras civiles. Las torturas causadas por el hambre y la sed, por el frio y el calor, y aún por la misma pobreza, son bagatelas que apenas llaman la atención de los hijos de Marte y de Belona, á los que preocupa é inquieta el familiarizarse en su vocación con el valor, con la intrepidez y con la noble emulación, virtudes generosas que utilizan como accidentada escala para llegar á la erizada y sinuosa meta donde se asientan los gé-nios y los héroes.

Quiere Don Quijote para el soldado, además de

los estudios previos que le sirven de preparación para dedicarse al ejercicio de las armas, la intuición propia de quien teniendo que sortear peligros á diario, necesita de la prudencia para martirizar su cólera; de la sabiduría para distinguir una verdadera afrenta de la que no lo sea más que en la apariencia; de la dulzura para suavizar sus costumbres y del discernimiento para aumentar el número de amigos entre sus camaradas de profesión. Quiere y pide más, para el soldado español, el famoso enderezador de tuertos, al recomendarles la intrepidez y el heroísmo que los conservará libres y tranquilos en los más grandes peligros y en las empresas más dificultosas, ya que en la descripción de los combates navales, se vislumbra su acreditado valor personal, prefiriendo á la muerte de un mosquetazo ó cañonazo disparado por un cobarde, la que se halla luchando frente á frente y cuerpo á cuerpo, tal como se guerrea en los tiempos en que se desconocieron las armas de fuego. Su anatema al inventor de los instrumentos de artillería y la preferencia del empleo del arma blanca en la crítica ocasión de un abordage, realzan la condición de «benemérito» que el autor del Quijote alcanzó en el memorable hecho de armas de 7 de Octubre de 1571.

Grandes y de peso, son las razones que alegan las letras para juzgarse superiores á las armas: hasta mediar el discurso, los argumentos se equilibran, y solamente al esfuerzo del génio in-



cumbe el presentar los poderosos y aplastantes testimonios que obligan, bien de su grado, al cura—presente durante la sabrosa conferencia de Don Quijote—á emitir su opinión, tan sincera como imparcial, en pró de la preeminencia de las armas, fallo de mucho estima, ya que él «letrado y graduado, estaba de su mismo parecer», y fallo de importancia excepcional, porque no es el cura (personaje) quien habla, si no el propio Cervantes (autor).

Tanto el magnífico discurso de Don Quijote—que aparece en los capítulos XXXVIII y XXXIX, de la Parte Primera—pronunciado de modo solemne mientras los demás cenaban, como la autorizada aprehensión que obtuvo, acreditan, una vez mas, el acierto con que Cervantes maneja al protagonista de su obra, y que consiste, como elocuentemente afirma el Sr. Menéndez y Pelayo, «en haber dejado indecisas las fronteras entre la razón y la locura y dar las mayores lecciones de sabiduría por boca de un alucinado».

¿Es la obra de un loco el discretísimo razonamiento sobre las armas y las letras? Sin negarlo, en absoluto, afirmariamos en tal alienado la existencia de uno y varios momentos lúcidos que, en este caso, así como en su razonamiento sobre la «edad de oro» y en otros pasajes, se hallarían confirmados; y admitida esta nuestra opinión—que por serlo ha de resultar modestísima—, ¿será aventurado el afirmar que Cervantes, corriendo en pòs de las huellas de la gloria, deliró siempre

por la inmortalidad y la buscó primero en el fragor de los combates? Ese entusiasmo que muestra en todas ocasiones por las empresas militares ¿no le induciría á juzgarse apto para brillar en momentos solemnes y para adquirir el renombre y la aureola de los héroes? ¿No dice Don Quijote en otra ocasión: «Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino á las armas...? ¿Su esperanza de llegar á ser *algo* en la milicia, no se deduce de «que no había mejores soldados que los que se trasplantaban de la tierra de los estudios en los campos de la guerra? ¿No era el autor del *Ingenioso Hidalgo* uno de aquellos soldados con los que «Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece?»

Si todo esto es innegable convendremos en que Cervantes, el mayor de los ingenios que en literatura ha producido España, fué también un héroe, militarmente considerado, un héroe oscuro é ignorado, salido, como tantos otros del montón anónimo de los soldados rasos, en cuya modestísima escala «como trasplantado de la tierra de los estudios á los campos de la guerra», aprendió que las acciones del entendimiento deben aunarse con las fuerzas corporales para «saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades y el prevenir los daños que se temen,» táctica intelectual de gran valía que debió utilizar en Lepanto, al frente de los doce soldados que le confió su capitán para pelear como valiente en el

lugar del esquiife, glorioso puesto de honor en tan heróica contienda, en la que, su denuedo y valentía, su intrepidez y su arrojo, y hasta sus dotes de mando, al hacerle soñar con mágicos laureles, parece que adelantaron á sus oídos, —en dos siglos y pico—, los maravillosos acentos de aquella arrogante y famosa arenga napoleónica: «Todo soldado de la Francia lleva en su mochila el bastón de Mariscal.»

Cervantes con el manejo de su mosquete y con el rápido vibrar de su centellante y bien templada espada, halló en aquel sitio de honor y de peligro la pronta y subsiguiente recompensa: tres heridas gravísimas que aumentando su fiebre y agravando el malestar que anteriormente sintiera, dieron con él en un hospital, donde, luchando entre la vida y la muerte, permaneció siete meses, alentado por sus afanes de gloria; por las promesas de sus jefes y por las especiales que le hiciera, días después, el propio D. Juan de Austria, almirante y generalísimo de la Liga Santa. ¡Ese es el héroe, ese, en efecto, el que nació para las armas!

Y como para dar por terminado el exámen ó análisis literario del discurso sobre las «Letras y las Armas», sea preciso descubrir el carácter que refleja y aun la tendencia que persigue, hemos de confesar que, en nuestro concepto, esa bien probada preeminencia de las armas sobre las letras, expuesta de modo tan admirable por el simpático caballero andante, hace referencia al



poderio de nuestros ejércitos en el siglo XVI, centuria aquella trabajada por ambiciones, por la discordia y la guerra, y tiempos en los que, la fama de nuestros monarcas y las proezas y hazañas de nuestros generales en Europa, en Africa y en América, hacian de España objeto de universal admiración.

Don Quijote, en su discurso acerca de las Armas y las Letras, no hace más que esfumar esa idea, si bien, en otro lugar, transparenta la temible supremacia militar de aquella España en cuyos dominios no se ponía el Sol. La famosa aventura de los leones, en la cual, la decisión y temeridad del héroe manchego obligáronle á trocar, cambiar, volver y mudar su título de Caballero de la Triste Figura, por el de «Caballero de los Leones», es prueba de gran valer. El absurdo rato de Don Quijote al «rey de las selvas», es un símil de gran analogía con nuestras empresas belicosas de aquella época: conquistas estupendas de dilatados imperios en América; victorias navales de la importancia de un Lepanto; anexión de Portugal y hambre de dominio en Francia y Alemania: la guerra, parecía servir de medio para afianzar la monarquía absoluta y la fe religiosa, y al ronco son de sus ecos destructores, sin que les arredren desastres ni infortunios, marchan los esforzados y bizarros tercios españoles, cuya divisa, ondulando briosa y flamante en los pliegues del morado pendón de Castilla, apenas si permite entrever otra enseña que la contenida en la

palabra ¡adelante!, sin que la humareda de los triunfos y la embriaguez de las conquistas les permita escuchar las proféticas frases que, al desfacedor de agravios, dirige el hidalgo Don Diego Miranda, el Caballero del Verde Gabán, momentos antes de la apertura de la jaula de los leones: «los caballeros andantes, dice, han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, *y no aquellas que de todo en todo la quitan*, PORQUE LA VALENTÍA QUE SE ENTRA EN LA JURISDICCIÓN DE LA TEMERIDAD, MAS TIENE DE LOCURA QUE DE FORTALEZA, etc., etc.» ¡Cuántas empresas militares de esta segunda clase llevó á cabo nuestra patria con menoscabo de su grandeza y de su crédito!

Intentemos demostrar, mejor aún, la tendencia del discurso sobre las armas y las letras, sin necesidad de acudir á historias de todos conocidas; ya que el libro de Cervantes sea arsenal para todos los gustos y enciclopedia más completa de muchas de las que recibieron este nombre en el siglo XVIII, y en *El Quijote* encontraremos, entre otros, un pasaje que hemos de utilizar como el testimonio mas concluyente de nuestros asertos.

En la Parte primera, capítulo IV, se narra una de las primeras aventuras que ocurrió á Don Quijote al encontrarse con unos mercaderes toledanos.

Dice así:

«Y habiendo andado como dos millas, descu-

»brió Don Quijote un gran tropel de gente, que,  
»como después se supo, eran unos mercaderes  
»toledanos, que iban á comprar seda á Murcia.  
»Eran seis, y venían con sus quitasoles, con otros  
»cuatro criados á caballo y tres mozos de mulas  
»á pie. Apenas los divisó Don Quijote, cuando se  
»imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imi-  
»tar en todo cuanto á él le parecía posible los  
»pasos que había leído en sus libros, le pareció  
»venir allí de molde uno que pensaba hacer: y  
»así, con gentil continente y de nuevo se afirmó  
»bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la  
»adarga al pecho, y puesto en mitad del cami-  
»no, estuvo esperando que aquellos caballe-  
»ros andantes llegasen—que ya él por tales los  
»tenía y juzgaba—; y cuando llegaron á trecho  
»que pudieron oír, levantó Don Quijote la voz y  
»con ademán arrogante dijo: *Todo el mundo se*  
»*tenga: si todo el mundo no confiesa que no*  
»*hay en el mundo todo, doncella más hermosa*  
»*que la emperatriz de la Mancha, la sin par*  
»*Dulcinea del Toboso.....*»

Conocido es el final de esta aventura. Los mer-  
caderes, burlones y chocarreros, se mofan del  
extrafalarío caballero y sin hacer caso de sus  
voces estentóreas le vuelven las espaldas. Arre-  
mete contra ellos Don Quijote con tan mala suerte  
que cae de Rocinante y al rodar por el campo,  
uno de los mozos de mulas que hizo astillas el  
lanzón del andante caballero, vapulea á éste, mo-  
liéndole como cibera.



Comentando tal pasaje el Sr. Díaz Benjumea, aprecia la citada aventura diciendo que el famoso hidalgo, era en tales momentos, como la representación ó simbolo de España en los días de su fuerza y apogeo, cuando lanza en ristre y en su afán de ensanchar los límites de su soberanía, mandaba á sus invencibles tercios á las tierras de Flandes y de Holanda, para reducir de grado ó por fuerza á estas naciones de mercaderes. Y aunque se note alguna exageración en tal analogía, nadie negará que tiene un fondo de exactitud indiscutible. Nuestro Don Quijote aferrado á la idea de enderezar tuerzos, y de exigir á todo el mundo el respeto á la sin par belleza de su dama, nos muestra el empeño con que los españoles pretendíamos de aquellos mercaderes (flamencos y holandeses) el reconocimiento de la pureza y hermosura de nuestros dogmas y la innegable supremacia de nuestro poderío; y, más obsesionados por conseguirlo, que pudo estarlo el caballero andante en la porfía de todas sus aventuras, olvidábamos nuestros asuntos interiores y con ellos nuestra hacienda y nuestro bienestar, perdiendo en empeños—poco menos que locos é imposibles—, nuestras riquezas y energías que, á la postre, dieron con nosotros en tierra, trocando nuestro acreditado poder en la mas peligrosa de las decadencias.

Tal significan los deliquios de Don Quijote y tal alcance tienen nuestras expediciones militares y nuestras porfiadas y sangrientas luchas en los

Países Bajos. Las continuas victorias que allá consiguieron nuestros soldados, estímulos fueron para perseverar en aquellos errores que, sin proporcionarnos la menor utilidad, habían de rendirnos y postrarnos en tierra, sin fuerzas ni alientos para otra cosa más que para repetir, como el triste caballero, lleno de ira: «¡Cobardes, gallinas luteranas, atended!

Y negarse á la evidencia será el no ver en ese cuadro perfecta analogía con el fin de la aventura de los mercaderes, que dice así:

«Cayó Rocinante y fué rodando su amo una buena pieza por el campo y queriendo levantarse jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba para levantarse y no podía, estaba diciendo: *Non fuyais, gente cobarde, gente cautiva; atended, que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy tendido.*»

El peso de las armas dió en tierra con Don Quijote: el peso de nuestra propia grandeza dió en tierra con nuestro poderio: y así como en la inteligencia extraviada del famoso hidalgo, descubrimos siempre una alma heroica; así los españoles, caímos sin deshonor ni vilipendio, ya que luchamos como buenos, sin tener para nada en cuenta nuestra notoria desventaja.

Dice muy bien el Sr. Barado: el soldado español, el héroe de estas famosas guerras (las de Flandes), pudo — como el protagonista de la

obra de Cervantes, decir: «que toda su desgracia la atribuía á la falta de caballo.» No podía en verdad sostener la nación aquel ejército ni podía tampoco nuestro soldado luchar aislado y sin auxilios eficaces contra enemigos holandeses, tudescos, ingleses y flamencos, pero, si dió con su cuerpo en tierra, cejó gloriosamente, cual correspondía á su digna y brillante historia, una historia esmaltada de heróicas locuras y epilogada con los celebres nombres de Rocroy, Lens y las Dunas.»

«Cayó, sí, abrazado á la bandera en que se ostentaba la imagen de la Dueña y Señora de nuestros pensamientos; y cayó como el triste caballero, menos cuidadoso de los dolores que de su reputación. «Aun caído, dice Cervantes, se tenía por dichoso, pareciéndole que aquella desgracia era propia de caballeros andantes, y todo la atribuía á la falta de su caballo, porque no le era posible levantarse, según tenía brumado todo el cuerpo». (Parte I, fin del cap. IV).



### III

Hemos terminado.

No puede negarse que atrae el tema tan diestramente escogido por el Ateneo de esta culta ciudad. Cuantos sientan verdaderas simpatías por las armas ó las letras, que tan bien supo hermanar el ingenioso autor de *El Quijote*, dejaran deslizar la pluma suavemente sobre la tersa superficie del papel, impelidos por la esperanza de responder cumplidamente á las naturales exigencias del tema propuesto. Pero, bien pronto, lo que juzgaron empresa de poca monta y asunto de gran facilidad, irá ofreciendo mayores obstáculos, no todos superables, porque las obras del genio no se prestan, así como así, á interpretaciones ni comentarios.

Será cierto, como afirma el Sr. Menendez y Pelayo, «que toda obra de genio sugiere más de lo que expresamente dice,» y en tal supuesto nada más lógico que interpretar á voluntad oraciones y cláusulas, periodos y discursos que á ello se presten, mas, en lo que llamamos obra

genial «queda siempre una región incógnita que acaso lo fué para su autor mismo», y «penetrar en ella y adivinar alguno de los misterios de la concepción artística», es, poco menos que andar á ciegas, aunque no sea imposible hallar una solución mas ó menos aproximada á la exactitud que se pretende.

Tales consideraciones hemos tenido en cuenta al dar cima á este incorrecto trabajo, más deficiente aún por premuras de tiempo, que impiden la detención y el trabajo de lima que tanto recomiendan los buenos preceptistas. Pero, malo ó mediano, tal como resulte, el nos proporciona la ocasión de manosear obras muy de nuestro agrado, siquier sea el antiguo Ateneo vitoriano el verdadero móvil que ha impulsado nuestra pluma á maltrazar las cuartillas precedentes.

Hacer razonadamente una defensa de las letras pidiendo para ellas la preeminencia que Cervantes concede á las armas, y que, espontáneamente, les otorga el sesudo presbitero al decir «que él letrado y graduado estaba de su mismo parecer», no es obra de romanos, ni mucho menos. Las excelencias de la literatura, sus prodigiosos alcances y fines, y el honrosísimo puesto que la opinión unánime concede á Miguel de Cervantes, se prestan á un estudio hermosísimo, que pudiera apoyarse hasta en la prioridad con que Don Quijote, al señalar los dos caminos por donde los hombres pueden llegar á ser ricos, dice que «el uno es el de las letras, otro el de las armas»:

mas, nosotros, atentos al espíritu mejor que á la letra del *Ingenioso Hidalgo*, y conformes en que «toda obra de genio sugiere mas de lo que expresamente dice», traducimos la palabra «ricos» por «*inmortales*» y creemos fundadamente—á pesar de los augurios de Cervantes para con su obra, expuestos en las célebres frases de Sancho: «Antes de mucho tiempo no ha de haber bodega, venta ni mesón ó tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas», (Parte Segunda, cap. LXXI), que el *manco de Lepanto*, estimó en tal manera las heridas allí recibidas, que de ellas, de su valor al combatir y de su serenidad al mandar (los doce hombres que le confiaron), llegó á creer que nadie le podría disputar, en lo sucesivo, la inmortalidad adquirida en tan memorable día.

El mismo dice en su epístola *Cervantes cautivo*:

¡Dios sabe si quisiera allí quedarme  
con los que allí quedaron esforzados  
y perderme con ellos ó ganarme!

esto es, junto á los valientes, le importaba poco prolongar su vida, «porque más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron», yo solo fui el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso día con cadenas á los pies y esposas en las manos» Parte I, cap. XL.



Un genio de la literatura que escribe: «Yo tengo más armas que letras... etc., etc.,» debió sentir fuertemente la nostalgia militar, y como sus primeras producciones literarias, incluso sus poesías y comedias, ni le aliviaron en sus necesidades, ni le concedieron renombre alguno, porque fué «más versado en desdichas que en versos», (P. I. cap. VI), confió más en los mosquetazos de Lepanto, en donde:

«El pecho mío de profunda herida  
sentía llagado y la siniestra mano  
estaba por mil partes ya rompida:

Pero el contento fué tan soberano  
que á mi alma llegó, viendo vencido  
el crudo pueblo infiel por el cristiano».

(Cervantes Cautivo)

«Si me facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella». Esto decía Cervantes *cuarenta y cuatro años después* de haberlas recibido, y tal recuerdo, á tal fecha, es una prueba más de que Cervantes buscó la inmortalidad en la carrera de las armas.

Imposible negar que las letras y las armas sean hijas de la inteligencia, é imposible privar á esta de la dirección de todos los negocios de la vida, más, téngase en cuenta que las letras y las armas vivieron en la España del siglo XVI, en esferas independientes, con ambiente propio, utilizando

unas y otras medios adecuados para conseguir el grado de prosperidad y desarrollo que alcanzaron. Cervantes lo afirma con su habitual elocuencia:

«que nunca la lanza embotó la pluma,  
ni la pluma la lanza», (Parte I. cap. XVIII).

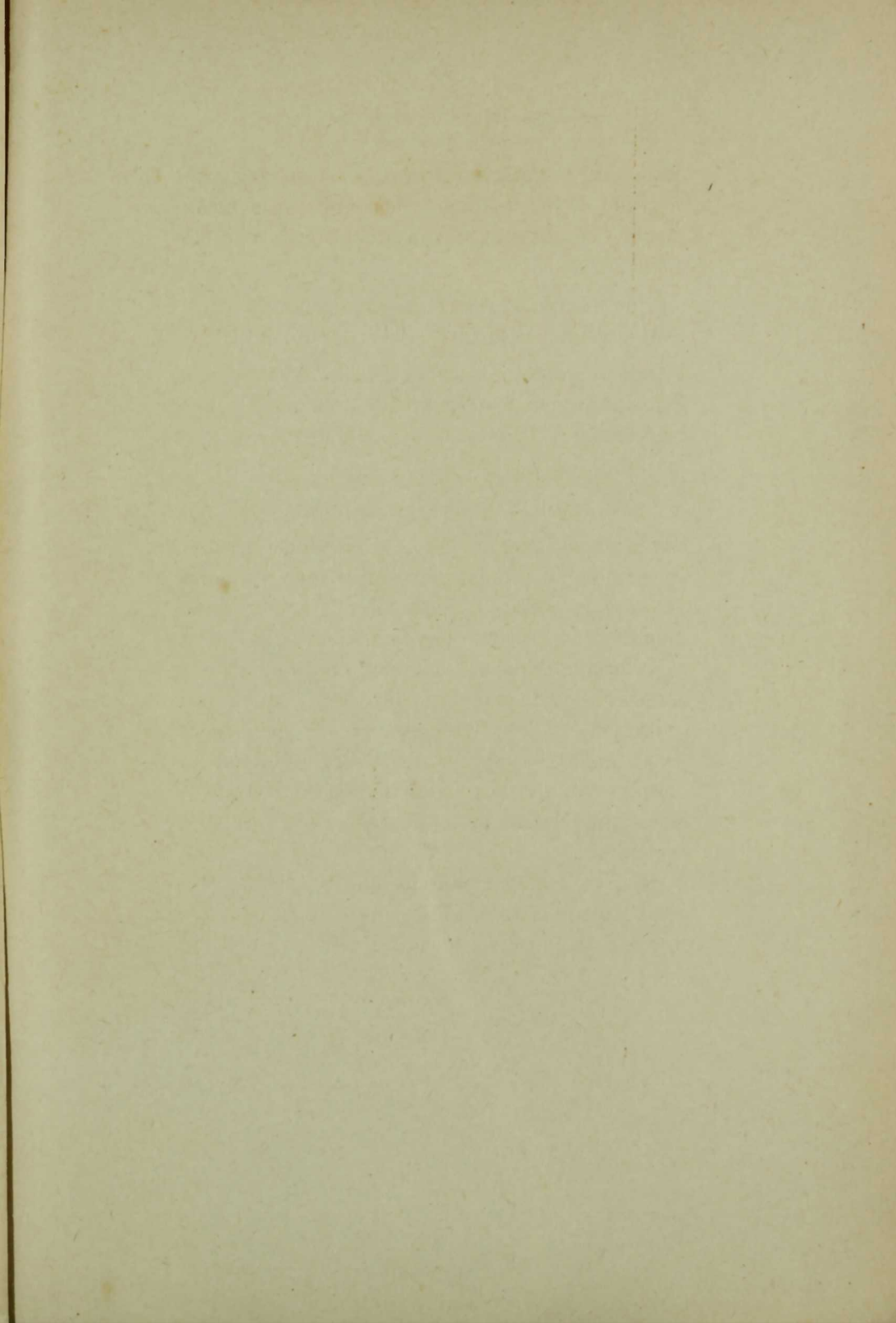
y ante el respeto, ante el culto, mejor, que el Príncipe de nuestros Ingenios, tributó á tan nobles profesiones, nos inclinamos por las armas, ya que

«el ilustre mendigo de las letras,  
el inválido heroico de las armas»,

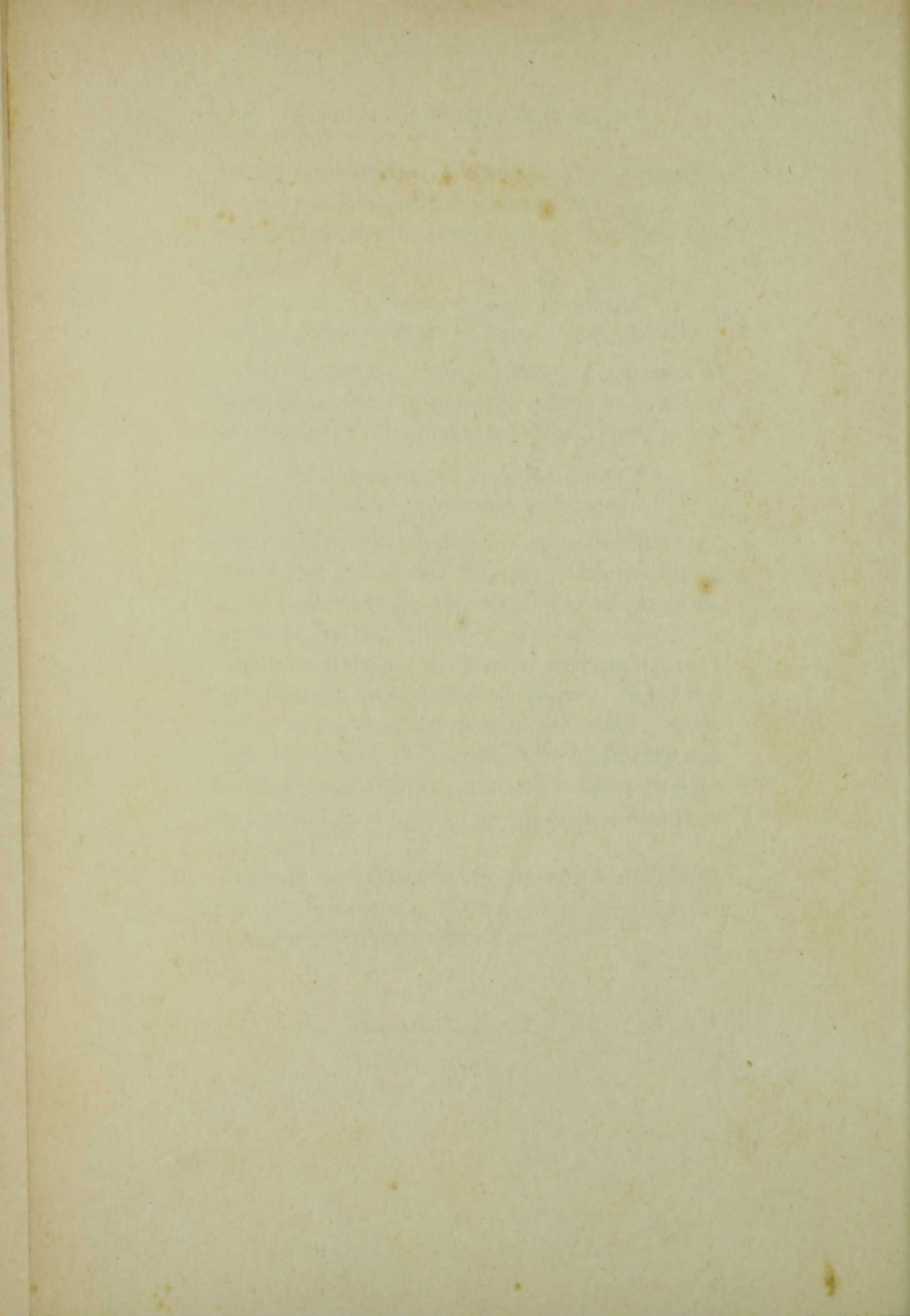
como elegantemente dice D. Salvador Carreras, encarnó en su famoso héroe manchego los fueros de la vida militar, representados maravillosamente en las travesuras y extravagancias de la caballería andante, institución predominante y característica de la *Edad de hierro*, cuya importancia en los tiempos medio-evaes, bastó para fundar, en la Historia de la Literatura, las doradas y pintorescas páginas que adornan á las obras que forman parte de los ciclos bretón y carolingio.

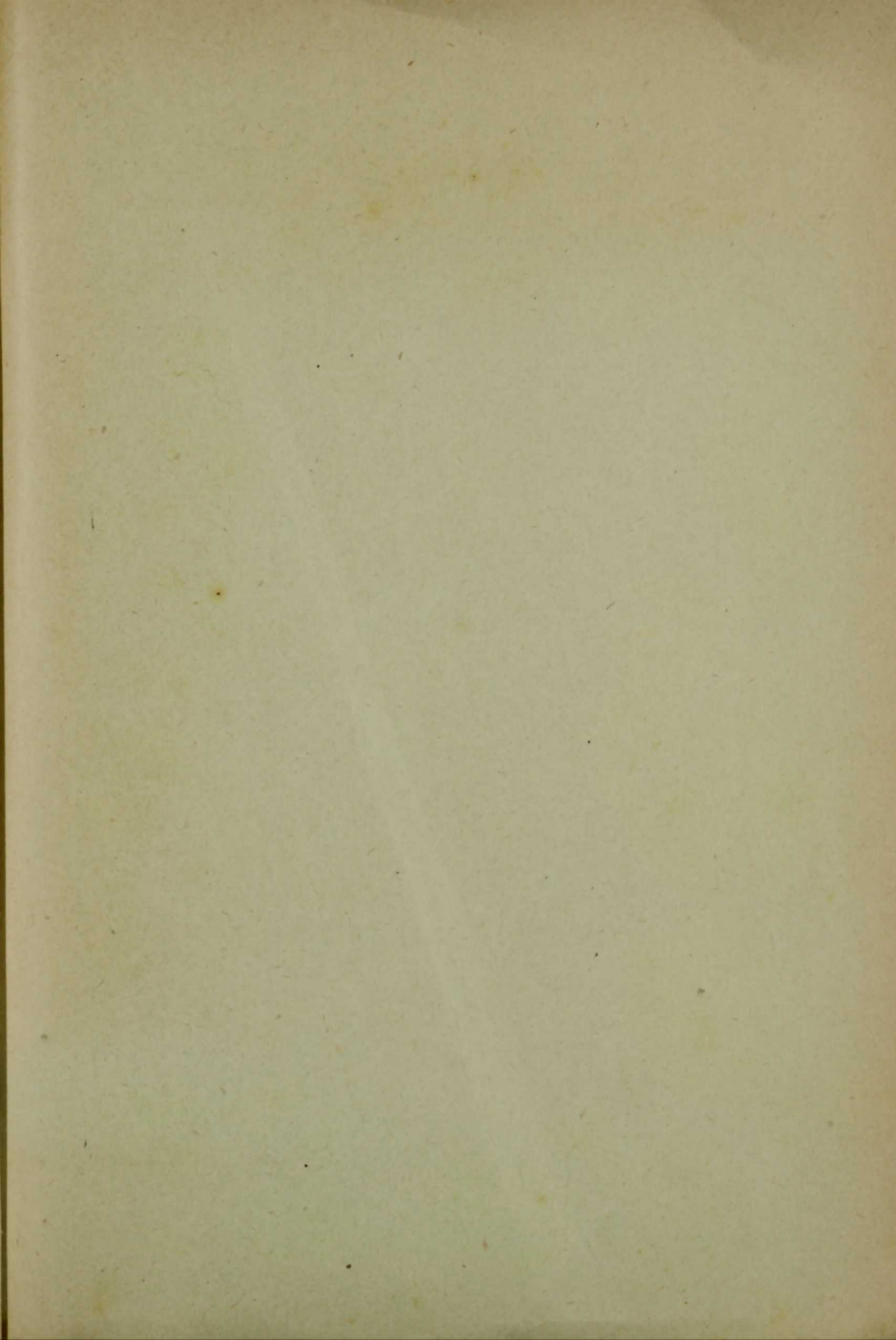
He aquí la explicación de nuestro trabajo, que gustosos sometemos al imparcial veredicto del competente Jurado calificador.

---









B

3